

Don Quijote en Manhattan

Don Quixote in Manhattan

**ACADEMIA NORTEAMERICANA
DE LA LENGUA ESPAÑOLA
(ANLE)**

Junta Directiva

D. Gerardo Piña-Rosales
Director

D. Jorge I. Covarrubias
Secretario

D. Carlos E. Paldao
Censor

D. Emilio Bernal Labrada
Tesorero

D. Daniel R. Fernández
Coordinador de Información

D. Eduardo Lolo
Bibliotecario

D. Eugenio Chang-Rodríguez
Director del Boletín

*

Academia Norteamericana de la Lengua Española (ANLE)

P. O. Box 349

New York, NY, 10116

U. S. A.

Correo electrónico: acadnorteamerica@aol.com

Sitio Institucional: www.anle.us

Gerardo Piña-Rosales

Don Quijote en Manhattan
Don Quixote in Manhattan



Colección Pulso Herido
Academia Norteamericana
de la Lengua Española
2017

Don Quijote en Manhattan / *Don Quixote in Manhattan*

Gerardo Piña-Rosales

Colección *Pulso Herido*, N° 10

Nueva York: Academia Norteamericana de la Lengua Española (ANLE)

© Academia Norteamericana de la Lengua Española (ANLE)

© Gerardo Piña-Rosales

© De la traducción: Rolando Pérez

Primera Edición, 2017

ISBN: 978-0-9967821-8-0

Library of Congress Control Number: 2017940726

Academia Norteamericana de la Lengua Española (ANLE)

P. O. Box 349

New York, NY, 10116

U. S. A.

Correo electrónico: acadnorteamerica@aol.com

Sitio Institucional: www.anle.us

Ilustración de portada y fotografías: Gerardo Piña-Rosales

Edición y supervisión: Carlos E. Paldao y Graciela S. Tomassini

Revisión editorial: Guillermo A. Belt, Daniel Fernández y Stella Maris Colombo

Composición y diagramación: Pluma Alta

Impresión: The Country Press, Lakeville, MA 02347

Pedidos y suscripciones: acadnorteamerica@aol.com

La colección *Pulso Herido* está integrada por obras de naturaleza creativa en materia de narrativa, poesía, drama y ensayo, entre otros géneros, concebidas con calidad académica y orientadas a difundir el pensamiento y la creación en las distintas dimensiones de lo lingüístico, literario, socioeducativo y cultural del mundo hispánico, con el propósito de robustecer su profunda unidad. Las ideas, afirmaciones y opiniones expresadas en sus distintos volúmenes no son necesariamente las de la ANLE, de la Asociación de Academias de la Lengua Española ni de ninguno de sus integrantes. La responsabilidad de las mismas compete a sus autores.

Copyright © 2017 por ANLE. Todos los derechos reservados. Esta publicación no podrá ser reproducida, ni en un todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea fotoquímico, electrónico, magnético, mecánico, electroóptico, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la Academia Norteamericana de la Lengua Española.

Impreso en los Estados Unidos de América

Printed in the United States

*A Jorge I. Covarrubias,
Daniel R. Fernández y Porfirio Rodríguez
en recuerdo de nuestras quijotescas aventuras.*

ÍNDICE

Don Quijote en Manhattan.....	11
<i>Don Quixote in Manhattan</i>	57
Semblanza	109



DON QUIJOTE EN MANHATTAN



Hace unos meses recibí un mensaje electrónico de mi colega Beatrice Norwich, profesora de literaturas hispánicas en la New York University. En dicho mensaje, la doctora Norwich me comunicaba que tenía en su poder un cartapacio que, a su vez, había recibido pocos meses antes de un tal Max Orringer, editor de libros raros y curiosos e inveterado hispanófilo. El cartapacio contenía unos cuarenta folios manuscritos, llenos de notas y párrafos sueltos, y venía acompañado de una breve nota introductoria, en la que Orringer le explicaba a Norwich que un viejo amigo suyo español, un tal Ergardo o Heraldo Torres, antiguo dueño de una librería en Manhattan (ya desaparecida), le había entregado, antes de emprender un largo viaje (del que no sabía si habría de regresar), esas notas sobre ciertos sucesos que habíanle ocurrido no hacía mucho, para que hiciera con ellas lo que quisiese. El tal Orringer le pedía a la profesora Norwich que le diera forma al manuscrito, pues barruntaba que podría ser interesante y hasta publicable.

Beatrice Norwich, intrigada por esos papelotes, se pasó semanas descifrando aquellas notas, y con ellas compuso un primer texto. Sin embargo, un tanto desconcertada por aquel galimatías, abandonó el trabajo durante algún tiempo. Pero hace poco, al mencionarle yo que debía dar una conferencia sobre el Quijote en el Coloquio Cervantino en Guanajuato, México, se acordó del manuscrito y decidió enviármelo por si podía serme útil para mi presentación. Lo recibí a los pocos días.

Al principio, no le presté demasiada atención, enfrascado como estaba en la relectura de la obra cumbre de Cervantes y tomando notas para un trabajo que habría de estudiar la novela cervantina con un enfoque desconstruccionista. Poco a poco, fui arrinconando a Derrida y a sus compinches (para beneficio y contento de todos) y entusiasmándome con el texto del susodicho Ergardo o Heraldo Torres. Las páginas que siguen constituyen, pues, en esencia, el texto del librero de marras, si bien he optado por traducir al español algunos diálogos que en el original aparecían en inglés.

A guisa de prólogo

Discretísimos lectores:

Acusado injustamente por la IRS de no haber pagado impuestos durante los últimos cinco años, vine a dar con mis quebrantados huesos a esta infamosa cárcel de Sing-Sing –en el estado de Nueva York–, donde todo preso tiene su triste celda y todo guardia su porra presta. Como mi estancia entre estos muros de hormigón coronados de alambradas parece ir para largo, por matar el tiempo (que no se deja matar tan fácilmente) y entretener a mis compañeros de infortunio, se me ocurrió escribir esta historia que tenéis en vuestras manos. He intentado que mi escritura sea lo más llana posible, que mis palabras sean más significadas que significantes (aunque no sé si demasiado honestas), evitando caer en anglicismos al uso, tanto en la sintaxis como en el léxico, delicado asunto éste, pues no es fácil sustraerse a esos peligros cuando se llevan, como yo, décadas radicado en un país de lengua inglesa.

Así pues, espero que al leer estas páginas, el que se sienta acosado por el murciélago de la depresión logre espantarlo de un simple manotazo, que el contento dé rienda suelta a la carcajada, que el tontorrón no se enfurruñe, que el discreto se emboque ante lo insólito del caso, que el pomposo no las desprecie, ni el humilde deje de alabarlas.

De cómo un tal Ergardo o Heraldo o Torres vivía obsesionado con el Quijote de Cervantes, y de cómo esta obsesión le impulsó a salir de su hogar en busca de aventuras en Manhattan, para emular, así, al Caballero de la Triste Figura

En un lugar de los suburbios neoyorkinos, cuyo nombre no viene al caso mencionar (pues tan anodinos son unos como otros), vivía un caballero español que decía llamarse Ergardo Torres, aunque las malas lenguas asegurasen que su verdadero nombre no era ése sino el de Heraldo Porras, identidad que ocultaba por escabullir el bulto a los del fisco, a causa de no sé qué alcabalas impagadas. A mí, curiosísimos lectores, no se me da un ardite que se llamara así o asá, puesto que, como se verá enseguidita, nuestro héroe iba a adoptar el preclaro y altisonante nombre de don Quijote, y como tal habremos de seguirle sus andanzas.

Ergardo o Heraldo Torres, de origen español, andaluz, por más señas, habría de tener por aquellos días en que le ocurrieron las aventuras y desventuras que a continuación se relatan, sesenta y pico de años (largo el pico). Era alto, flaco, huesudo —típico ectomorfo, por más señas—, desgarrado, un poquillo chepudo, de canosa barba en punta y lentes de lechuzo. Había llegado a Nueva York a finales de los cincuenta, y aunque *in sensu stricto* no hay que considerarlo un desterrado, la verdad

es que se había venido a las Américas asqueado –suponemos– de aquella achabacanada y horteril España de la dictadura franquista. Es muy posible que tuviera que emigrar, a cencerros tapados, por algún que otro acto subversivo cometido en el por aquel entonces archiinquisitorial y cavernícola país. El caso es que vino a recalar en Nueva York, ciudad de todos los exilios. Sin oficio ni beneficio, y como siempre le habían entusiasmado los libros, se decidió –después de azacanear un par de años por la ciudad, haciendo de todo un poco– a abrir una librería en Union Square, en el bajo Manhattan. Pronto estableció relaciones con otros españoles, muchos de ellos republicanos expatriados después de la Guerra Civil. Con ellos platicaba de España –a gritos, cómo no– en las tertulias de La Nacional, en la calle 14, especie de refugio o varadero para aquellos exiliados del éxodo y del llanto, y con ellos colaboró –si bien, de forma esporádica– en *España Libre*, la revista que publicaba aquel grupo de exiliados empeñados en derrocar a Franco. Amigos suyos habían sido –y algunos todavía seguían siéndolo– el político Eloy Vaquero, el pintor y escritor Eugenio Fernández Granell, el catedrático don Emilio González López, el poeta Odón Betanzos Palacios, entre otros.

Ergardo o Heraldito (que tanto monta, monta tanto) se había casado en los años sesenta con Dulcila, pianista de talento, todo corazón, mujer com-



prensiva y paciente con las extravagancias de su desequilibrado esposo. Y la verdad es que se entendían, se respetaban y se querían entrañablemente.

Ergardo o Heraldito Torres había llegado a una edad en la que la mayoría de sus amigos pensaban ya en la jubilación, en largarse a Florida en busca

de mejor clima, o regresar al país de origen para morir en olor de crisantemos y patriotismo trasnochado. Pero no él. Aunque autodidacta, Ergardo o Heraldo (que para el caso es igual) había sido, desde muy niño, un lector voraz, y hasta se las daba de buen poeta. Yo, en este sentido, me abstengo de opinar, puesto que no he leído ni un verso suyo, pero no me extrañaría que alguno de estos días uno de esos concienzudos estudiantes doctorales descubriera, en la buhardilla de alguna vieja casa neoyorkina o en algún mercado de pulgas del Village, esos poemas, y que, para gloria o vergüenza de las letras hispánicas, les dedicase toda una sesuda tesis doctoral.

Desde hacía unos años una obsesión cada vez mayor consumía al bueno de Ergardo: la lectura y relectura de la *Historia del Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha*, de Miguel de Cervantes Saavedra. Desde que leyera la novela por primera vez hacía ya muchos, muchos años, en una archiexpurgada edición escolar, con aquellos inolvidables dibujos de Gustave Doré, el libro se había ido convirtiendo en una verdadera Biblia para él. Lo había leído decenas de veces. Se sabía capítulos y capítulos de memoria, que, viniera o no a cuento, declamaba hasta en la ducha. Si le asaltaba alguna duda, acudía al *Quijote*; si tenía que tomar alguna decisión, acudía al *Quijote*. Al levantarse, a modo de oración, leía unas cuantas páginas al azar;

al acostarse hacía lo mismo. Y como padecía de insomnio, seguía leyendo, y así hasta el amanecer.

En “El Quijote”, su librería de Union Square – en cuyo umbral había colgado un cartelito con el lema de *Post tenebras, spero lucem*– se había ido desprendiendo –regalando o vendiendo a precios irrisorios– de todo lo que él consideraba obras de segunda categoría, y ya sólo ofrecía en venta el *Quijote* –en variopintas ediciones– y crítica especializada sobre la inmortal novela. En su biblioteca, los libros, en heteróclita balumba, desbordaban los estantes. Había libros sobre los escritorios, sobre las sillas, detrás de la puerta, en armarios, en cajas, en archivadores. Nuestro héroe se ufanaba de contar entre sus tesoros bibliográficos quijotiles con la primera edición –facsimilar, claro está– de *El Ingenioso Hidalgo Don Quixote de la Mancha*, de 1605. Se alineaban en los anaqueles traducciones del *Quijote* en todas las lenguas del mundo, algunas en ediciones rarísimas, verdaderas joyas, como las de Tomás Shetton –al inglés–, la de Louis Viardot –al francés–, la juvenil de Hoffman –al alemán– y la rusa de Jukovsky. Tenía traducciones del *Quijote* en latín macarrónico, en lunfardo, en hakitía y en espanglish. No faltaban imitaciones del *Quijote*, como la de Samuel Butler, la de Pope Swift, la de Richard Graves, la de Henry Fielding. Y desde luego, las españolas, como la de Salas de Barbadillo, la del Padre Islas; y las americanas,

como la de Luis Otero y Pimentel, la de Juan de Montalvo, la de Francisco Navarro y Ledesma. Poseía versiones teatrales del *Quijote*, comedias líricas y burlescas, películas y música de tema quijotesco, de las que prefería *El retablo de Maese Pedro*, de Falla y *Don Quijote velando las armas*, de Oscar Esplá, que consideraba superiores a las piezas de Richard Strauss y Telemann, y que escuchaba con suma delectación una y otra vez. En insólito contubernio, se amontonaban también por toda la biblioteca cuadros, dibujos, fotografías con motivos quijotescos y curiosidades como el *Quijote* escrito en un librito de papel de fumar y hasta en piel humana.

“¿Por qué, por qué—se decía nuestro héroe, mientras zigzagueaba por la estancia, libro en mano, entre alcores, colinas y promontorios de volúmenes deperdigados por doquier— he de pasarme los últimos años de mi vida vegetando cómodamente en mi casa, cuando ahí, en esa ciudad de los demonios, en esa Nueva York de los infiernos, se cometen con la impunidad más absoluta las injusticias más atroces, sin que nadie proteste, sin que nadie alce la voz en pro del desvalido, del menesteroso, del pobretón más pobre que las ratas en la ciudad más poderosa y rica de la tierra, donde la libertad parece ser sólo una estatua? ¡Ea, se acabó, alguien tiene que hacerlo! Don Quijote tuvo redaños para hacerlo, ¿por qué no yo? ¡Seré un nuevo Quijote!”

Y tal como lo pensó lo hizo. Malvendió –pese a las protestas de su mujer– la librería, y, ni corto ni perezoso, se dispuso a abandonar su hogar, espolado por un insobornable prurito de justicia social, con el Quijote como ejemplo, norte y guía.

De cómo nuestro héroe adoptó el nombre de don Quijote, rebautizó a su oíslo y de otros sucesos que aquí se cuentan.

Y una noche, decidido a partir al día siguiente en su loable empresa, se prometió a sí mismo que en adelante no respondería a más nombre que al de don Quijote, pues se figuraba que sólo esa identidad era la suya y que sus viejos yos se iban desprendiendo de él como la serpiente se desprende de su piel vieja. Y por último, dando un profundo y prolongado suspiro, se dijo para sus adentros que si don Quijote había puesto los ojos en Aldonza Lorenzo, él los había depositado, años ha, en Dulcilaura, su mujer, a quien todo debía.

Aunque era pacifista a ultranza, decidió portar consigo –por si las flies– un viejo Colt 45, desculatado y herrumbroso, que había comprado por cuatro dólares cincuenta en un baratillo del Soho. “Espero –le dijo al inservible Colt– no tener que usarte nunca, arma cruel y mortífera, pero a veces follo-nes y malandrines no entienden sino el lenguaje de las armas”.

Descendió de inmediato a la cochera, y, ante su prehistórico Volkswagen, solemnemente proclamó: “Y tú, vehículo fiel, te llamarás Bolidante, porque aunque ahora renqueas, no me he de olvidar de que en otros tiempos eras un verdadero bólido, potente y veloz. Con tu nuevo nombre habrás de recuperar tu antigua potencia”. Wishful thinking, porque aquel cacharro abollado, lento como una tortuga, no había sido ni sería nunca nada más de lo que era: una vieja tartana, asmática y humovomitante.

Del encuentro de don Quijote con Sancho y del frustrado robo en una bodega de Washington Heights.

La del alba sería de un tibio día de primavera cuando don Quijote salió de su casa, revólver bajo la camisola y la mochila al hombro, en cuyo interior llevaba unos cuantos pesos y una edición anotada del *Quijote*. A duras penas, Bolidante salió de la cochera, tosiendo, trastabillando, pero poco a poco, a medida que se calentaba, el decrepito motor pareció adquirir nuevas fuerzas, y emprendió el camino, si no raudo como el viento, por lo menos a buen trote. No muy lejos del Washington Bridge, cerca de Fort Tryon, por donde pasa el Harlem River (surcado por gabarras y cadáveres flotantes de suicidas), don Quijote decidió, antes de seguir adelante, proveerse de algunos pertrechos.

Estacionó a Bolidante en Dyckman Avenue y entró en una bodega llamada “La Isla Encantada” para pertrecharse de algunas provisiones, frutas secas sobre todo, puesto que desde hacía años profesaba la orden vegetariana con puntillosa devoción y esmero. Un hombre de unos cuarentaitantos años, mostachudo, rechoncho y achaparrado, le sonreía detrás del mostrador. Y ya iba don Quijote a pedir sus cacahuets cuando de pronto un individuo mal encarado, pistola en mano, irrumpió en la bodega. “¡O.K., fatso, give me the money!”, demandó el pistolero, dando un empujón a don Quijote y encañonando al amedrentado bodeguero. Don Quijote, sin inmutarse, con muy gentiles palabras comenzó a decirle que se calmara, pero el pistolero, dándole la espalda, le espetó, “¡Shut up, old man, or I’ll scrape the floor with you sorry ass!” Entonces don Quijote sacó de la faldriquera el viejo Colt, y, poniéndole al atracador el mohoso cañón en el colodrillo, le advirtió: “¡Anda, suelta ese juguete, que se te puede disparar!” El asaltante frustrado arrojó la pistola a los pies de don Quijote y puso pies en polvorosa. “Pobre hombre –exclamó don Quijote–, se ve que está necesitado; de no ser así, cómo se le hubiera ocurrido tal despropósito”. “¿Pobre hombre? –dijo el bodeguero– ¿A ese delincuente le llama usted pobre hombre? Pues sepa usted que no es la primera vez que me roba. ¡I don’t believe it! ¡Y lo ha dejado escapar!” “No vale la pena, amigo; es sólo un pobrete desesperado y con más miedo que

tú”, le dijo don Quijote. “Si no hubiera sido porque usted intervino, como me llamo Edwin Rivera que le habría dado yo una buena galleta a ese pendejo. Anyway, reconozco que tiene usted guts”, alardeó el bodeguero. “Y cómo no, amigo, soy don Quijote, y para eso estoy, para defender a los que lo necesitan. Mi corazón no conoce el temor. Voy camino de Manhattan para ayudar a los humillados y a los ofendidos, y de paso, para que mi nombre quede para siempre en los anales de esta ciudad, que llaman la capital del mundo”. “Pues yo, señor Quijote, de muy buena gana me iría con usted, porque estoy harto de este oficio, que no me rinde ganancias porque cada dos por tres me roban, y porque vendo al fiado, y así no hay quien pueda. Soy nacido en Puerto Rico y criado en el Bronx. Mi pai era puertorriqueño, del mismísimo San Juan, y eso es sólo lo que sé porque cuando yo era un baby el muy sonofabitch nos abandonó a mi mai y a mí, so I had to work my ass to survive in this city. Lo malo es que a mí también me están dando ganas de largarme por ahí, pero sólo por ver si encuentro mi chance de hacerme rico y poder mandar al college a mis tres hijos. Vicios no tengo, sólo me doy mis palitos de ron los domingos cuando juego al dominó con mis panas.” Don Quijote, viendo en el socarrón bodeguero al futuro confidente y compañero de andanzas, le dijo sonriendo: “Vente conmigo, Sancho, y no te arrepentirás. Dinero no puedo ofrecerte, pero oportunidades no habrán de faltar para que te hagas

rico. Y si en la historia de Cervantes, Sancho consigue ser gobernador de una isla, tal vez tú logres ser por lo menos alcalde de Manhattan. No puedo prometértelo, pero quién sabe...” “Mi nombre es Edwin, no Sancho, pero si tengo que cambiarme el nombre para conseguir los chavos, entonces seré Sancho, Pancho, Cagancho o lo que sea. Yo, lo del Cervantes ese no lo he leído –aunque sé leer, no se vaya usted a creer que soy un bobo–, pero sí me recuerdo de haber visto en la tele algo sobre el Quijote ese y su amigo Sancho. Si me espera usted, señor Quijote, esta tarde, cuando cierre el business, me voy con usted”. Concertaron, pues, encontrarse a las cuatro de la tarde, con el propósito de salir enseguida en busca de aventuras en Manhattan.



Para hacer tiempo mientras esperaba a Sancho, y como no quedaba lejos, don Quijote decidió hacer una visita a The Cloisters, en Inwood Hill Park.

Trabajo le costó a Bolidante remontar la colina en que se asientan Los Claustros, pero, espoleado por los gritos de su jinete de “¡Ánimo, Bolidante, adelante, siempre adelante!”, al final logró coronar el monte. Por desgracia, a esa hora el museo estaba ya cerrado, así que don Quijote tuvo que contentarse con pasear por el Fort Tryon Park, circundando las murallas románicas del monasterio-museo. “Mucho me hubiera gustado recorrer de nuevo esas naves –se dijo, mientras caminaba entre los altos arcos y majestuosos abetos–, pero ya volveré algún día. No cejaré hasta que estos gringos devuelvan a España lo que es de España, pues el que esas estatuas románicas y góticas de berengueres y berengueras, esas tablas catalanas y esos cristos asturianos estén aquí y no en su lugar de origen es una infamia, porque una cosa es el legítimo intercambio de obras de arte y otra el expolio del patrimonio nacional”.

Caía la tarde cuando apareció Sancho. “Everything’s ready, señor don Quijote. Vámonos ya antes de que me arrepienta”. Y en un periquete saltaron a Bolidante, y siguieron por Riverside Drive para empalmar después con el Hudson Parkway hasta Morningside Hights, a la altura de la calle 109. “Sabes, Sancho, ese río se debería llamar San An-



tonio y no Hudson”, comenzó a decirle don Quijote a Sancho con displicente tono. “And how is that? Yo no sabía que le habían cambiado el nombre. Toda mi vida lo he llamado Hudson, y buenas lubinas que se pescan en él”, le respondió Sancho. “Pues has de saber, Sancho amigo –continuó don Quijote–, que mucho antes que Hudson, un hispanolusitano llamado Gómez, navegando bajo bandera española, ya había remontado ese río, al que llamó San Antonio. Lo que pasa es que los anglos se han empeñado en borrar de este país todas las huellas hispanas. No olvides nunca que antes de los holandeses y de los ingleses estas tierras fueron exploradas por hispanos”. “No me extraña –respondió Sancho–, porque hay que ver the mess que han hecho de Puerto Rico. Las últimas veces que he ido de visita a la Isla del Encanto cada vez veía me-

nos nombres en español, y todos son McDonalds y Friendlys y Citibanks, y donde había campo y vegas ahora no hay más que caseríos, eso que aquí llaman proyectos, y miseria y na más que miseria. Llegará un momento en que todos los boricuas dejen la isla y se vengan pa New York, aunque no sé pa qué, pa pasar hambre y que encima los llamen spics”. “Eso se llama imperialismo, querido amigo. Todos los hombres son iguales, Sancho, y el racismo es una de las plagas de este país. Debemos combatirlo siempre, sobre todo nosotros los hispanos, pues no somos extranjeros en estos predios del Tío Sam: cuando los anglos llegaron, ya nosotros habíamos fundado ciudades y pueblos por todas estas tierras”. “¿Pero antes que los hispanos, estaban los indios, no?”, preguntó con cierta sorna Sancho. “Por supuesto –corroboró don Quijote–: ellos antes que nadie: los americanos nativos. Y ahí los tienes, en reservaciones, como apestados, hundidos por el alcohol que trajo el hombre blanco, y tan maleados, que están dispuestos a permitir, por mor del almighty dollar, que entierren en sus praderas y desiertos residuos nucleares”.

En este dulce y ameno coloquio estaban cuando avistaron las torres inacabadas de la catedral de St. John the Divine. Cuando estacionaron a Bolidante en los aledaños de la catedral, era ya de noche. “Señor Quijote –comenzó diciendo Sancho–, yo no sé usted, pero a mí las tripas me suenan como si tuvie-



ran gatos dentro”. “En otras palabras, Sancho: que tienes hambre. Pues vamos a la catedral, que allí habrán de suministrarnos el alimento que necesitamos, amén del espiritual, que es aun más necesario”. “Yo me contentaría con una hamburguer y una cervecita. Yo invito, pues aunque pobre todavía me puedo permitir el lujo de convidar a los amigos”. “Dices bien, Sancho porque en verdad soy tu amigo, no tu amo. Es más, mucho me placería que me tuteases, como lo hago yo contigo, porque los amigos se tutean y tú siempre me hablas de usted”. “Es por respeto, señor, por respeto a sus canas”. Está bien, Sancho, como gustes, pero no olvides nunca que te considero mi igual, nunca mi inferior, y que si yo poseo conocimientos que tú no posees, a ti

en cambio no te falta ni el ingenio ni la sabiduría callejera, tan importantes como la de los libros”.

Compró Sancho una hamburguesa y unas papas fritas en un puestecillo ambulante, pero don Quijote declinó el convite alegando que prefería mantenerse en ayunas porque aquella noche pensaba ser armado caballero, y que era de la opinión de que convenía profesar en tan honrosa orden con los sentidos y el espíritu despiertos, pues la comida los enturbia, los embota.

En Saint John the Divine

Traspusieron pues los arcos ojivales de St. John the Divine. Sancho, que nunca había visitado la catedral, andaba dando vueltas por las naves, sin saber muy bien qué diablos había venido a hacer allí. Don Quijote –aunque se declaraba agnóstico– tenía devoción por las iglesias, por las catedrales, no porque considerase que eran templos de Dios, sino porque en aquel mundo turbulento y voraginoso de la gran urbe eran como remansos de paz, oasis que invitaban a la meditación y al descanso.

De pronto, un hombre alto, ni gordo ni flaco, enbotanado, se acercó a don Quijote y le dijo: “I am sorry, brother, but it’s time to close”. Don Quijote lo miró de hito en hito y le respondió con toda la ironía de la que fue capaz: “¿Cerrar, cómo se pue-

de cerrar la casa de Dios, y más cuando hay fieles dentro?” El padre O’Connor –que así se llamaba el clérigo–le amenazó con voz tronatonante: “¡Get the hell out of here if you don’t want me to call the police!” “Hermosas y edificantes palabras para un prelado –le respondió don Quijote–. Edad no ya de hierro esta en que vivimos, de hojalata más bien, puesto que hasta los representantes de Dios en la tierra se han olvidado de la compasión y del amor al prójimo”. Y dándole la espalda al deslenguado curita, llamó a Sancho, que se había tumbado en un banco para dormitar un poquitillo, y ambos salieron de la iglesia.

Pasaron la noche sobre unas mantas raídas, en la parte trasera de Bolidante. El piélagos nocturno estaba cuajado de estrellas. Desde las ventanillas de la furgoneta podían ver cómo la luna iluminaba las gárgolas de la catedral, transformándolas en feroces monstruos gesticulantes. Observándolas, don Quijote pensó que más que iglesia o catedral aquel antro debería de ser el infierno mismo, y que aquellas figuras encornadas habrían de ser endriagos y diablos a las órdenes de Satanás, enviados por el Maligno para castigar las maldades de aquellos frailes o lo que fuesen. Con este malhadado incidente se le olvidó a don Quijote su propósito de ser armado caballero, y, que sepamos, no volvió a mencionarlo a lo largo de toda esta historia.

Discurso de don Quijote sobre la isla de Manhattan

Rayaba el alba cuando don Quijote y Sancho despertaron. Bolidante se negó a arrancar, y por mucho que Sancho se afanó –sin saber muy bien lo que hacía, esa es la verdad–, no hubo forma de ponerlo en marcha. Así que allí lo abandonaron. Don Quijote se lamentaba, pero Sancho intentaba convencerle de que a nadie en su sano juicio se le iba a ocurrir robar semejante junk. Continuaron a pie hasta Central Park.

Don Quijote permanecía callado, como sumido en sus pensamientos, y Sancho pensaba en que todavía no había desayunado y que ya no eran gatos los que engurrñaban sus tripas sino tigres y leones. Cuando llegaron a Central Park, el sol brillaba que era una gloria. El parque rebosaba de corredores de rostros torturados, de ciclistas que pedalearan furiosamente, de paseantes de rostro beatífico, de niñeras emperifolladas y de rubicundos niños que jugaban con ametralladoras y granadas de mentirijillas.

Agotados por la caminata, don Quijote y Sancho se sentaron en el césped, muy cerca del Reservoir. Junto a ellos, un grupo de jóvenes se solazaban comiendo empanadas y bebiendo largos tragos de varias botellas de vino. Por el acento, conoció don Quijote que eran argentinos, y como no desperdiciaba ocasión en emplear la lengua de Cervantes,

por pegar la hebra, les preguntó si vivían en Nueva York”. “No, no señor –le respondió uno de ellos, un muchacho pelirrojo y pecoso–. Somos de Mendoza, Argentina, y estamos sólo de visita, de viaje de estudios, para conocer la capital del mundo. Pero acérquense y coman, ché, porque por lo menos a su amigo, ese gordito, parece que se le van los ojos tras las empanadas”. Sancho, a quien no le gustaba que le recordaran su redondez, le contestó: “Hambre tengo, no lo voy a negar, pero de un pen-dejo colorao como tú no quiero yo ni la hora, así que métete las empanadas donde te quepan.” En esto terció don Quijote: “Vamos, vamos Sancho, que el muchacho sólo quería gastarte una broma. Anda, anda come, que me huelgo de verte comer”. No quedó muy satisfecho Sancho con las razones que le daba don Quijote, pero como ya le habían puesto en una mano una succulenta empanada y en la otra una botella de vino, refunfuñando, se sentó y se olvidó del mundo.

“¿Bello, el paisaje, eh viejo?–le dijo uno de los chicos a don Quijote–. No hemos visto nada tan impactante como Manhattan”. Don Quijote, empezó a dar grandes zancadas, y, señalando a los rascacielos, soltó la siguiente perorata: “Es cierto. La ciudad impone. Pero no se hizo de la noche a la mañana. Conviene conocer –para apreciarla o despreciarla– un poco la historia de la New Amsterdam. Los holandeses y después los ingleses pensaron que había

que continuar expandiéndose, haciendo caso omiso a la topografía de la isla: Manhattan sería una construcción mental más allá de los límites y configuraciones de su misma geografía. Así, la naturaleza fue domesticada por el hombre en su afán expansionista. Hasta este Central Park donde nos hallamos, que hoy constituye el pulmón de la ciudad, es, en el fondo, un espejismo: los lagos son artificiales, los árboles se transplantaron hace escasamente un siglo. Y ahí están, rodeándonos, como en un orgiástico maremágnum de paralelepípedos, los rascacielos: minarettes de vidrio, pirámides sobre pirámides, catedrales del dólar, templos sin dios. Estos gringos creen que cuanto más lejos de la tierra, más cerca estarán del aire, del cielo y las estrellas, pero se equivocan. Nueva York, ciudad espuria, maldita, aborto del Bosco, mítico laboratorio donde fermenta el delirio de nuestro diario vivir. Nueva York es Manhattan, y Manhattan es la piedra Rosetta, la utopía del siglo XX, ciudad de mutaciones, simbiosis, transvases, metamorfosis incesantes en un ciclo interminable de creación, destrucción y recreación. Manhattan es la capital de la histeria”. Abotagados por la comilona, el vino y el extravagante discurso de don Quijote, los jóvenes argentinos y el mismo Sancho se habían quedado amodorrados. Pero don Quijote ya estaba embalado: “Nos guste o no nos guste, amigos míos, esta es nuestra ciudad, la de Sancho y la mía, en ella vivimos, en ella azacaneamos y en ella mori-

mos (o nos asesinan): Nueva York, parada y fonda: los aljibes de agua encumbrados sobre los edificios, como molinos de vientos desaspados, sueñan ajenos al vértigo y al fragor de las calles y avenidas, donde las masas entontecidas, esclavas del ansia consumista, desaparecen arrastradas por la fuerza centrífuga de la ciudad –masas amorfas, encadenadas al ciclo inexorable del trabajo embrutecedor que habrá de facilitarles el alquiler del cuchitril con derecho a cucarachas y a ratas como gatos–, mientras el ulular constante de las sirenas de la policía, de las ambulancias, de los bomberos nos recuerdan que vivimos en estado de sitio, siempre al borde del desastre, a un paso del apocalipsis. El monstruo continúa devorando a sus víctimas”. Un coro de curiosos se había ido acercando a don Quijote y escuchaban boquiabiertos las palabras de nuestro héroe, pero ya este se dirigía hacia el zoológico, y Sancho, al ver que don Quijote se marchaba sin él, a duras penas, dando tumbos, le siguió.

En donde se cuentan la aventura del parque zoológico y otras desventuras del mismo jaez

Como el día era espléndido, el parque zoológico se hallaba abarrotado de público. Don Quijote se acercó a la jaula de los monos, se cruzó de brazos y se quedó observándolos con un aire de tristeza que daba grima. Luego se dirigió a Sancho y le dijo: “Me parece una ignominia, Sancho, que estas pobres criaturas tan semejantes a nosotros, que somos sus primos hermanos como quien dice, tengan que pasarse la vida entre rejas, acosados por miradas humanas, soportando el griterío de la parva diminuta cagalona, sin un rayo de sol, sin su jungla, que es su verdadero predio y medio”. “Pero, señor –le interrumpió Sancho–, si están de lo más bien. Además, para ellos nosotros somos un verdadero show. Yo tuve una vez un mono, que me regaló mi amigo Rendón, el de la botánica de la 116. Era un mono chiquitico, un macaco; yo creo que lo habían traído de Brasil, porque le hablamos en inglés y en Spanish y no nos hacía ni joío caso. Al principio no lo quería, ¡qué diablos iba a hacer yo con un mono!, pero me lo llevé a casa, por probar, figurando que a mis nenes les parecería chévere, but what a disaster. Cuando Balbina, mi jeba, vio al mico armó un revolú del carajo. Y los nenes se pusieron a llorar: the monkey scared the shit out of them”. “El animal tendría más miedo de vosotros que vosotros de él”,

le aseguró don Quijote. “Maybe –siguió Sancho–, pero era un mono de lo más jodón. Y se me escapó por toda la casa, y cuando fui a cogerlo pegó un salto y se guindó de una lámpara. ¿Y sabe usted lo que hizo? Pues se meó encima de tos nosotros. Y el cabrón se reía, se reía como un condenao”.

En ese momento apareció el encargado de darles la comida a los monos con una espuerta llena de plátanos, avellanas y otras frutas, húmedas y secas. “See, see, señor Quijote, fijese qué bien los tratan; ese lonche es mejor que el de mucha gente en Nueva York, que hasta tienen que andar buscando algo que llevarse a la boca en los zafacones de basura de los supermarkets”, dijo Sancho con aire triunfante.

Creció el regocijo. Los niños se apelotonaban alrededor de la jaula para ver comer a los monos. Los simios, excitados ante la perspectiva del almuerzo, daban agudos chillidos, brincaban, se aferraban a los barrotes de la jaula, sacaban los bracitos peludos y tendían las humanoides manos. Abrir el empleado la portezuela de la jaula para arrojarles el canasto de comida a los monos y darle don Quijote un fuerte empujón fue todo uno. Las frutas cayeron por todas partes menos en la jaula. El guarda, cogido de sorpresa, resbaló y fue a parar también al suelo. Entonces don Quijote abrió de par en par la jaula. Los niños gritaban y palmeaban encantados ante lo que suponían era parte del espectáculo. Los monos, perplejos, miraron a don Quijote. ¿Quién

sería aquel individuo con cara de lechuzo que se atrevía a ponerlos en libertad?, parecían preguntarse. Pero no duraron mucho sus cavilaciones: a trompicones, dando unos chillidos espantosos (no sabemos si de miedo o de contento), salieron disparados de la jaula. Se armó un escándalo de órdago. El guarda empezó a tocar el silbato pidiendo ayuda. Enseguida acudió un policía. “¡No es mi culpa, no es mi culpa!; este, este loco ha sido –dijo el guarda tartamudeando, y señalando a don Quijote–; ¡deténgalo, deténgalo antes de que se le ocurra abrir la jaula de los tigres!” El policía agarró por un brazo a don Quijote, que se limitaba a sonreír, mientras pelaba un plátano que había recogido del suelo. A Sancho no se le veía por ninguna parte. “Queda usted detenido”, declaró el agente de seguridad. Pero don Quijote, de un violento manotazo se desprendió de él. “Usted, señor policía –le dijo con palabras quedas pero firmes– no tiene ningún derecho para detenerme. Sólo he hecho lo que me dictaba la conciencia; ¿y desde cuándo se detiene a un ciudadano por seguir los dictados de su conciencia?” “Ya prestará usted declaración en el precinto. Ahora, andando”, le conminó la autoridad. En eso, uno de los monos se abalanzó sobre el policía y le dio un terrible mordisco en la mano. El guardia pegó un grito de dolor, y don Quijote, tan campante, y tan rápido como le permitían sus largas piernas, hizo mutis ante aquel esperpéntico escenario.

Afuera, agazapado entre unos arbustos, lo esperaba Sancho. “¡You are crazy, man, you are crazy! What did you do that for?”, dijo Sancho, mirando a todos lados por si venía la policía. “En cristiano, Sancho, habla en cristiano –le replicó don Quijote–, en mi lengua, que es la tuya”. “¡Pero se ha vuelto usted loco! ¡A quién se le ocurre hacer una cosa así!”, dijo Sancho. “No olvides, Sancho, que nuestra misión es la de ayudar a quien lo necesite y esos animales nos necesitaban: estaban privados de libertad. Ahora nos estarán eternamente agradecidos. Debemos congratularnos pues hemos hecho lo que debíamos. Nunca hay que tener miedo cuando uno sabe que se está haciendo el bien”.



Frente al Hotel Plaza. El jamaíquino, filósofo cínico

Se alejaron de allí hacia Central Park South. Se sentaron en una plazuela frente al Hotel Plaza para descansar un rato. Las banderas del Plaza ondeaban a los cuatro vientos. Las limusinas no cesaban de arribar con su preciosa carga. Los porteros, uniformados y encharretados, abrían las portezuelas de los vehículos y se inclinaban ante los huéspedes con aire servil y rastrero. Los huéspedes, señores y señoras de alto copete, vestidos a la última moda de París o de Londres, emergían de las limusinas, y, sin dignarse echar una mirada a los porteros, se dirigían a la recepción farfullando por adelantado no sé qué imaginarias quejas. Muy cerca de allí, piafaban los caballos. “Esos coches de caballo me recuerdan siempre a mi tierra –comenzó a decir don Quijote–. Esos pobres animales...” “¡Don’t you dare, ni se le ocurra! –le atajó Sancho–. Si no fuera por esos caballos, los cocheros no podrían ganarse la vida, y no me dirá usted que un caballo vale más que un hombre”. “Eso, Sancho, no les da derecho a abusar así de un animal que no tiene posibilidad alguna de quejarse, de protestar. No me extrañaría que algún día estallara una verdadera rebelión de las especies. Compasión, Sancho, compasión”. “Pero, señor, un caballo es un caballo y un hombre es un hombre. Nosotros, los human beings, somos superiores ¿no?”. “Precisa-

mente por eso, Sancho, tenemos la responsabilidad de cuidar de ellos, de convivir con ellos, sin explotarlos, sin torturarlos”.

En estos dimes y diretes estaban los dos amigos, cuando vieron que se les acercaba un viejo, desastrado y con barba de varios días, empujando un cochecito de bebé repleto de latas y botellas vacías. El anciano, que los había oído hablar en español, les saludó con un cortés buenos días, y empezó a hurgar en un basurero. “¿Buen hombre, se le ha perdido algo?”, le preguntó don Quijote. El vagabundo –pues eso era–, se le quedó mirando un tanto extrañado y le respondió, “Como perder no se me ha perdido nada porque no tengo nada que perder y mucho que encontrar”. “Habla muy bien el castellano, ¿de dónde es usted?”, le preguntó don Quijote. “Soy jamaiquino, pero pasé unos años en Cuba, y además tengo muchos amigos hispanos”. ¿Y qué rebusca en esos basureros?”, insistió don Quijote. “¿Pues no lo ve?: latas, botellas, periódicos. Todo vale dinero en esta ciudad. Y al final del día, con suerte, reúno lo bastante para ir tirando”. “¿Es esa su profesión?”, le preguntó don Quijote. “No sé si a lo que yo hago se le puede llamar profesión. Me da bastante para comer y como no tengo que pagar renta, pues hasta me sobra. “¿Y dónde se hospeda –inquirió don Quijote, con toda la inocencia del mundo–, en el hotel de enfrente?” El hombre se le quedó

mirando como el que ve a un extraterrestre. En esto, Sancho, que había seguido la conversación aguantándose la risa, con disimulo le hizo un gesto al hombre dándole a entender que don Quijote no andaba muy bien del coco. “En The Plaza no –acabó respondiéndole el vagabundo–, en el Hotel Plaza precisamente no me hospedo, pero sí muy cerca, ahí mismito”, dijo señalando unos cartones semiocultos entre unos setos. Esa es mi casa, y se la ofrezco con toda la hospitalidad del mundo. Hace diez años que vivo ahí. Antes viví en los túneles, en el subway. A veces viene la policía y me tengo que mudar a otro lugar, pero sólo por unos días porque después vuelvo aquí siempre. Es que le he tomado cariño a esta placita”. “Así que duerme usted ahí entre cartones. ¿Entonces, no tiene usted casa, buen hombre?”, le preguntó admirado don Quijote. “Ya se lo he dicho –le contestó un tanto amoscado el vagabundo–. Esa es mi casa. Y no me quejo, porque otros están peor, mucho peor que yo”. Sancho intentó terciar en la conversación: “¿Y por qué no se va a un shelter, a un asilo, a un refugio o como se llame? Yo tengo un pana que...” “¡Calla, Sancho, que hablas más que un sacamuelas!”, le increpó don Quijote. “No, no, a los refugios no voy ni aunque me paguen –continuó el viejo. La última vez que fui a uno –fue en un invierno muy duro, que nevó mucho y casi se me congelan los pies durmiendo al raso– fue

el de Kingsbridge, en el Bronx, pero después me arrepentí porque me robaron hasta los zapatos, y no pude pegar ojo con las peleas y los bochinches. Hasta la directora del refugio era un ladrona. Se llamaba –siempre me acordaré– Leona Helms, y era una verdadera bruja. Decían que era multimillonaria y que toda su fortuna la había hecho robándole a los desamparados de la ciudad. Antes de permitirme entrar en el refugio, me registró hasta los fondillos, me quitó los cuatro pesos que me quedaban y hasta me confiscó el coat, el único coat que tenía. ¡Cabrona! ¡Hija de puta!”

Se despidieron del viejo con muy buenas razones, y Sancho, apiadado, le dio unas monedas, que el otro agradeció con un escueto y digno thank you.



De cómo don Quijote y Sancho fueron embestidos por un motociclista depravado y del recorrido que ambos hicieron por Times Square y alrededores

De allí don Quijote y Sancho caminaron hacia Columbus Circle, y cuando iban a cruzar la calle, un Hells Angels, Angel del Infierno, en una Harley Davidson, sin aguardar a que cambiase la luz roja, los embistió. El motociclista perdió el equilibrio y cayó también. La moto rugía. Don Quijote, en el suelo, llevándose las manos a la cabeza se lamentaba:

*¿Dónde estás, Dulciamor mío,
que no vienes a ayudarme?
¡Estarás muy ocupada
o no se te da un adarme!*

Acudieron algunos transeúntes que habían visto el accidente. El Angel del Infierno, un gordinflón de larga cabellera, un arete en el lóbulo izquierdo, cazadora de cuero y brazos tatuados de cruces gamadas, soltaba terribles alaridos: “¡My leg, my leg is broken!”, lloriqueaba el Angel Caído. Don Quijote, que sólo había sufrido un rasguño, se incorporó. Sancho, que sólo había sufrido un susto, gimoteaba. Entonces, don Quijote se abalanzó sobre el joven, en un santiamén le arrancó el casco y se lo encasquetó. “Por lo menos el acci-

dente me ha servido para procurarme el yelmo de Mambrino”, declaró ufano. “Yo siempre he creído –arguyó Sancho– que a eso se le llamaba casco, aunque como a veces se me escapa el spanglish, ya no sé muy bien”. “No es un casco, zoquete –le corrigió, indignado, don Quijote–. ¡Es el yelmo, el yelmo de Mambrino!” “Bueno –dijo Sancho encogiéndose de hombros, pues será entonces un casquiyelmo, el de Membrillo o el de Pepino; pero vámonos de aquí que allá vienen los cops”. Don Quijote, mostrando unas fuerzas que uno no hubiera sospechado de un hombre tan amojamado, levantó la moticicleta, que aún bramaba, montó en ella como el que monta un pura sangre, y le espetó a Sancho. “¡Arriba, Sancho, que nos espera Times Square! ¡Vamos, hijo, que la misma providencia que nos privó de Bolidante ha puesto este infernal aparato en nuestro camino!” “No, no señor, eso es un robo. Nos meterán en la cárcel a los dos, y ya deben andar buscándonos por lo de los monos”. “De los cobardes nunca se ha sacado nada –le dijo don Quijote–. Súbete y vamos en buena hora; esto es solo un préstamo: ya le devolveremos este bicho a su dueño”. “¿Bicho? –exclamó Sancho– Ay bendito, ¿le ha cortado usted el bicho al ángel ese?” “No, hombre, la moto, la motocicleta”, lo tranquilizó don Quijote. Y dicho esto, se montó Sancho a la grupa y partieron raudos rumbo a Times Square.

La Harley Davidson enfiló Broadway abajo, sorteando automóviles, de los que salían puños amenazantes y crispados dedos medios. Sancho se abrazaba a la cintura de don Quijote, encomendándose a todos los santos habidos y por haber. Anochecía. Los anuncios de neón y los carteles publicitarios, como pantallas cinematográficas, dominaban el panorama: ¡COMPRE ESTOS SNEAKERS, Y JUGARÁ AL BASKETBALL COMO MICHAEL JORDAN!; ¡FUME MARLBOROS, Y SE SENTIRÁ TAN MACHO COMO ESOS VAQUEROS DE MANDÍBULA CUADRADA!; ¡USE ESTA ROPA INTERIOR, Y SERÁ TAN IRRESISTIBLE COMO ESTOS ADOLESCENTES DE ABDOMINALES PERFECTOS Y ESAS JOVENCITAS DE PECHINES PUNTIAGUDOS!; ¡BEBA ESTE WHISKY, Y CONOCERÁ EL SABOR DEL PODER Y DEL LUJO! Se anunciaban nuevos filmes: *Titanic*, *Exterminator X*, *Fallen Angels*; y viejos clásicos *Deep Throat*, *Gone with the Wind*, *The Devil in Miss Jones*; y nuevos espectáculos para hacer la digestión: *Ragtime*, *The Lion King*, *Anastasia*—; en las vitrinas de los bazares se exhibían espadas de samurais, machetes y corazones de terciopelo; en las salas de videojuegos, jovencitos de mirada turbia aguardaban al cliente calvo, regordete y halitoso.

Al llegar a la calle 42, don Quijote dio un freno en seco y arrumbó la moto en una esquina, decidido a continuar a pie. Aunque todavía quedaban algunas tiendas de porno, la zona iba siendo invadida por una waltdisneyzación implacable: donde

antes se anunciaban Nude Girls ahora sonreía un Mickey Mouse, donde antes florecían los massage parlors ahora se mustiaba Blanca Nieves, donde antes vibraban las saunas sodomorrianas ahora dormitaban los siete enanitos. Y así por el estilo. Giuliani y sus secuaces estaban ganando la partida. Había que limpiar la ciudad. Había que desterrar el vicio, costase lo que costase. ¡Había que retornar a las buenas y sacrosantas costumbres!

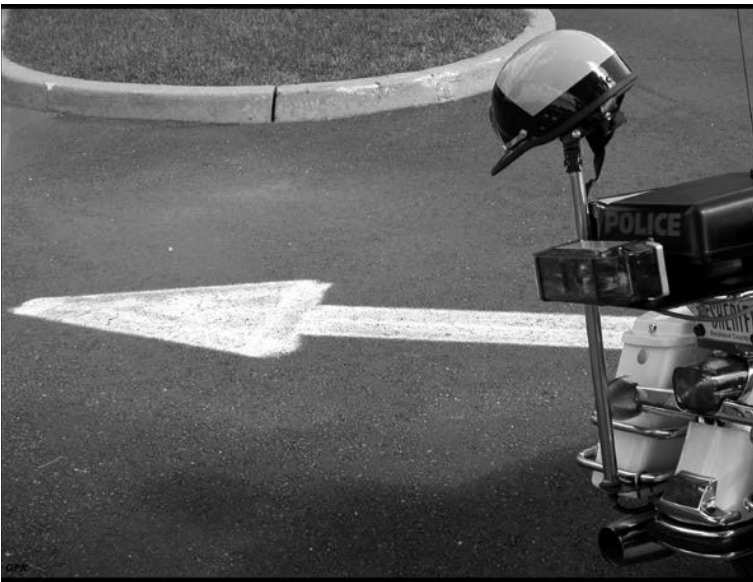
En Bryant Park

Era ya de noche cuando don Quijote y Sancho se detuvieron en Bryant Park. Acababan de sentarse en uno de los bancos, cuando de pronto se vieron rodeados de policías por todas partes y de perros de amenazantes fauces. Hubo carreras, gritos, se oyeron insultos. Era una redada. En menos que canta un gallo, los polizontes habían apresado a cinco o seis personas, a las que, a patadas, obligaron a levantar los brazos y a abrir las piernas, mientras los cacheaban. En la 41, entre la Quinta y la Sexta, esperaba el coche celular. “Pero, ¿a qué viene tanto jaleo, si esos hombres y mujeres no estaban haciendo daño a nadie? ¿Por qué los maltratan?”, le preguntó don Quijote a Sancho mientras se acercaba al grupo de policías y delincuentes. Sancho, atemorizado, le tiraba de la manga,

mientras le decía. “Por lo que más quiera, señor don Quijote, let’s get out of here, que nos van a reconocer por lo de los monos o por lo de la moto, y entonces esta noche vamos a dormir en Rikers Island”. “Pero ¿no ves, Sancho, que esas criaturas necesitan de nuestra ayuda?, ¿no ves cómo los golpean, cómo los insultan? Si tienes miedo, quédate ahí, que yo he de impedir que se cometan tales atropellos”. Sancho, admirado por el valor de don Quijote, no quiso ser menos, y le siguió, aspirando grandes bocanadas de aire para darse ánimo. “¿Por qué detienen y maltratan a esa pobre gente?, preguntó don Quijote a un policía, un individuo alto, de ojos azules y espaldas descomunales. “None of your goddamn business, old man. ¡Get out of here or you’ll go with ’em to the Tombs!”. “Soy abogado, I am a lawyer, tengo derecho a hablar con mis clientes”, se le ocurrió decirle don Quijote. Esta salida cogió por sorpresa a los guardianes del orden. “¿Por qué te llevan preso?”, le preguntó don Quijote a un hombrecillo encanijado, de ojos achinados y barba rala. “Por tecato, mister, por tecato”, respondió el desgraciado. “Pues por mentecato no se debe meter en la cárcel a nadie, que nadie es responsable de sus más o menos luces”. Uno de los policías, sin duda de origen hispano, terció: “Quiere decir que le gusta la tecata, la droga”. Y diciendo esto le remangó la manga de la camisa al detenido y vieron que tenía el brazo con más agujeros

que un colador. “¿Y por qué no puede hacer con su cuerpo lo que le venga en gana? –insistió don Quijote–. Me parece una aberración que sea el gobierno el que decida lo que pueden consumir o no consumir sus ciudadanos. ¿Y a ti por qué te llevan, muchacho?”, le preguntó nuestro héroe a un jovencito de unos quince años. “¿Por coleccionista!”, le respondió el mozalbete. “¿Y qué coleccionas, si se puede saber?”, siguió interrogándole don Quijote. “Bolsos y carteras”, respondió el joven. “Pues yo no veo crimen en eso –arguyó don Quijote–, porque todo el mundo no va a coleccionar sellitos, estampitas y bobadas por el estilo. ¡Qué aburrido sería el mundo si todos fuésemos iguales! ¡Vive la difference!” Y por último vio don Quijote que entre los detenidos había una mujer morena, de muy buen ver, que no hacía más que llorar y llorar como una Magdalena. “¿Y a ti, pobre mujer, a ti por qué te han detenido?”, le preguntó don Quijote. Pero la mujer no contestaba, tanta era su llantina. “Esta –explicó el policía– es la puta más puta de todas las putas. Y no hay manera de que se reforme. Y además nos consta que tiene el sida. “¿Con mayor razón aún para que esté en un hospital y no en la calle!”, le replicó don Quijote airado. Y diciendo esto, nuestro héroe sacó el Colt 45 y, blandiéndolo a diestra y siniestra, apuntó a los policías, mientras les decía a los detenidos: “Quedais libres, corred, corred antes de que estos sabuesos se ensañen con

vosotros. Run, run”. Por un segundo, los guardias quedaron paralizados ante el atrevimiento de aquel estrafalario individuo con casco de motorista. Los detenidos se dieron a la fuga. Los policías corrieron en su persecución. Aprovechando el revuelo, don Quijote y Sancho se metieron por la boca de metro de la 42. Hora punta. Rush hour. Uno de los policías le seguía de cerca, pero era tanto el gentío, que no se atrevía disparar. En ese momento llegaba al andén el tren D. Don Quijote y Sancho no lo pensaron dos veces: escudándose tras la masa humana, se colaron en un vagón. Fueron momentos de angustia, pero los policías parecían haberles perdido la pista. Estaban a salvo.



De cómo Don Quijote llegó a convertirse en héroe popular y Sancho en alcalde de Nueva York.

Cuando llegaron a la última estación, en el World Trade Center, a la sombra de las Torres Gemelas, vieron que había policías por todas partes, perros atraillados, paramédicos, agentes del FBI y del Departamento Antiterrorista y Antiexplosivos y un río de personas que corrían despavoridas. Al principio, los dos amigos creyeron que los estaban esperando para detenerlos, pero pronto se percataron de que aquella parafernalia policial obedecía a otras causas. “¿Qué pasa, qué pasa?”, preguntó don Quijote a un policía. “It’s a bomb, get back, get back!” Entonces vieron a un hombre, de unos veinte años, los ojos desorbitados, el rostro bañado de sudor, que se aferraba a un paquete envuelto en papel de periódico. Un agente del FBI, megáfono en mano, trataba en vano de convencerle para que soltara el paquete: “C’mon, young man, relax, nothing is going to happen. No one is going to hurt you. Give us that package. Be a good boy.” Pero el hombre no parecía escucharle, miraba a todos lados, aferrándose cada vez más al misterioso paquete. “¡Don’t get closer, don’t get closer or it will explode! ¡I swear that it will explode!” gritó el presunto terrorista. Entonces, don Quijote se quitó el casco, puso en las manos de Sancho el Colt 45, y, lentamente, esquivando a agentes y policías, comenzó a aproximarse

al hombre del paquete. “One more step, old man, and you’ll be sorry”, le amenazó el individuo. Pero don Quijote, sin inmutarse, siguió avanzando hacia él y cuando estuvo a un par de pasos le dijo (y traduzco): “No sé qué te ha llevado a este extremo, hijo mío, pero sea lo que sea, piensa un poco antes de hacer una barbaridad. Mucho me temo que has sido encantado por algún nigromante desalmado, y que no tienes consciencia de tus actos”. “¡Shut up, shut up, or I blow this fucking city away!”, amenazó el terrorista. Pero don Quijote dio un paso más. El hombre estaba al borde del andén. “Soy don Quijote, y estoy aquí para ayudarte, para ayudar a todos los que me necesitan”, le dijo nuestro héroe mirándolo fijamente a los ojos. “I don’t need your help, old man. In one minute we’ll all be in another world. This is what this technological, dehumanized society deserves: ¡to disappear, to be blown away!” “Tienes razón, amigo –le dijo don Quijote–: eso es lo que merece esta sociedad tecnológica, deshumanizada, brutal, donde reinan el Poder y el Dinero y no el Amor y la Justicia. Tienes razón, que explote tu bomba, a ver si así escarmientan los esbirros del Mal”. Y diciendo esto, le dio la espalda y comenzó a caminar hacia el grupo de policías y agentes de seguridad. “Wait a minute, wait a minute!”, reaccionó el hombre. Don Quijote se detuvo y se volvió hacia él. “You mean you understand what is going on in this fucking city?” “Claro que

entiendo lo que ocurre en esta ciudad infernal, amigo” –le contestó don Quijote– y estoy de acuerdo contigo: es mejor que todo se hunda de una vez, y quizá así renacerá un hombre nuevo, un hombre que sepa compartir sus riquezas, un hombre para el que los valores supremos sean la Paz, el Amor y la Justicia. El joven esbozó una ligera sonrisa. “Ahora bien –continuó don Quijote– yo persigo tus mismos fines pero mis medios son diferentes a los tuyos. La violencia sólo engendra violencia. Pero eso es algo que tú tienes que decidir”. Y diciendo esto, don Quijote volvió a darle la espalda y a alejarse de él. Entonces el joven, aferrado aún al paquete, lo siguió como sigue el corderillo al pastor, y, temblando, le entregó el paquete. Don Quijote lo depositó cuidadosamente en el suelo, y luego abrazó al joven con fuerza. Enseguida varios agentes de seguridad se apoderaron del paquete –una poderosa bomba a punto de estallar– mientras la policía esposaba al joven terrorista.

Se rompió el silencio. El gentío comenzó a vitorear a don Quijote: “He is a heroe! ¡Es un héroe! ¡Nos ha salvado a todos! ¡Qui-jo-té! ¡Qui-jo-té! ¡Qui-jo-té!”. Y Sancho, vociferaba, “¡Yes, yes, yes, he is don Quijote y yo soy Sancho, su amigo y compañero de aventuras!” Don Quijote hubiese querido acompañar al terrorista en su descenso a los infiernos, pero se lo impidieron. Se vio obligado a apretar manos, a devolver abrazos, a firmar autógrafos.

En Nueva York, las noticias, más que correr, vuelan. A la media hora, la hazaña de nuestro héroe era comentada y aplaudida en todos los canales de televisión. El alcalde Giuliani en persona envió una limusina para que condujese a don Quijote al mismísimo City Hall: quería felicitarlo en nombre de la ciudad. Ante las cámaras de televisión, Giuliani felicitaba a don Quijote, exaltando el valor de “this exemplary New Yorker”, y hasta hablaba de recompensas sin cuento. “Sólo quiero una recompensa, señor alcalde”, se atrevió a sugerir don Quijote. “Your wish will be granted if it’s in our power to do so. What would you like?” (“Su deseo se verá cumplido, si está en nuestro poder realizarlo. ¿Qué desea?”, respondió gentilmente Giuliani, por boca de un intérprete). “Que a mi amigo Sancho, aquí presente, se le otorgue la oportunidad de ser el nuevo alcalde de Nueva York”. A Giuliani se le congeló la conejil sonrisa. “Well, well, but ...”, comenzó a decir, pero el gentío no le dejó hablar: “Sancho for Mayor!, Sancho for Mayor!, ¡Sancho alcalde!” Don Quijote, feliz como no se había sentido en mucho tiempo, descendió las escalinatas de City Hall.

¿Y sabéis quién lo esperaba con los brazos abiertos y el beso presto?: ¡pues nada menos que Dulcilauro!

Se abrazaron

Pero esta historia no acaba aquí, queridísimos lectores, pues me consta que don Quijote y Dulcinea salieron esa misma noche en un avión rumbo a México. Es más, hay rumores que andan por Guanajuato, disfrutando de la hospitalidad de sus habitantes, de la belleza de la ciudad y de un merecido descanso.



DON QUIXOTE IN MANHATTAN



A few months ago I received an email message from my colleague Beatrice Norwich, a scholar of Spanish Literature at New York University, in which she informed me that she had a binder in her possession, which she had come by a few months earlier via someone by the name of Max Orringer, a publisher of rare books and inveterate Hispanist. The folder contained some forty-odd manuscript pages, full of notes, and loose paragraphs that were accompanied by a brief introductory note, in which Orringer explained to Norwich that an old Spaniard friend of his, a certain Ergardo or Heraldo Torres, erstwhile proprietor of an antiquarian bookstore in Manhattan (no longer in business), had handed to him, prior to embarking on a long journey (from which he was unsure to return), some notes concerning certain occurrences that had befallen him not long before, and to do with these notes as he pleased. Mr. Orringer wanted Professor Norwich to give them form, as he felt they might prove to be of interest and perhaps even publishable.

Beatrice Norwich, intrigued by those loose sheets of paper, spent weeks deciphering the notes, after which she put a first draft together. However, feeling a bit flustered by the hodgepodge, she had abandoned the task for some time. When I recently mentioned to her that I was to give a conference on *Don Quixote* at the Cervantes Colloquium in Guanajuato, Mexico, she recalled the manuscript and decided to forward it to me, in case I found it to be of some use in reference to my own lecture. The manuscript arrived a few days later.

At first, I did not pay much attention to it, absorbed as I was in re-reading Cervantes's masterpiece and taking notes for a study on the novel from a deconstructionist perspective. But by and by, I began to cast Derrida and his buddies aside (for the sake of the wellbeing and contentment of all concerned), and started to feel excited about the text by the aforementioned Gerardo or Heraldo Torres. The pages that follow, then, constitute, in their essence, the text written by said bookseller, having opted to translate into Spanish certain dialogues that originally appeared in English.

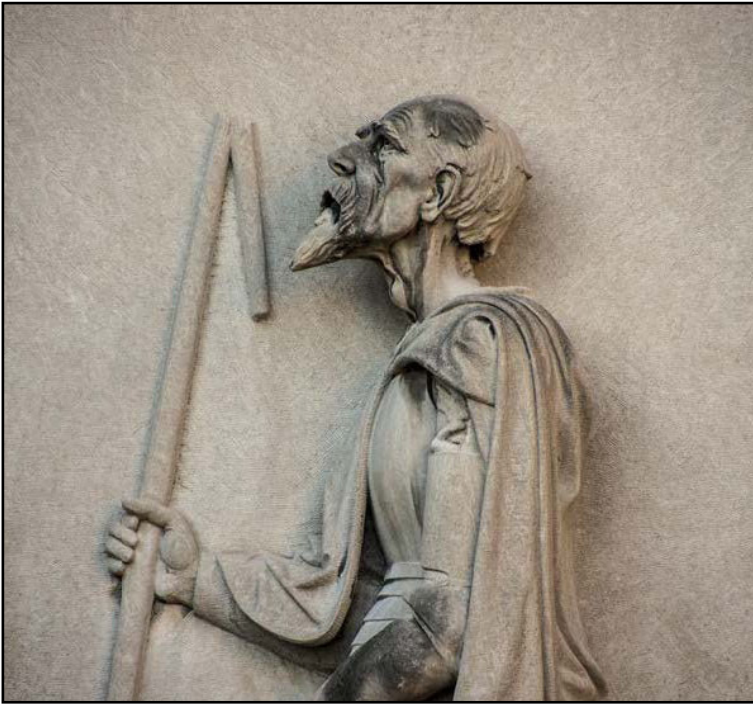
By way of a prologue

Most Judicious Readers:

Having been unjustly accused by the IRS of not paying my taxes in the last five years, my weary bones ended up in the infamous Sing-Sing Prison—in the state of New York—, where every prisoner has his own doleful cell and every prison guard his ready nightstick. Since my confinement within these concrete walls crowned with barbed-wires is likely to be long, in order to kill some time (which, by the way, does not allow itself to be so readily dispatched), and in order to entertain my companions in misfortune, I set out to write the story that you now have in your hands. I have tried to make my writing as simple as possible, and my words more signifying than significant (even if they might seem perhaps a bit too frank), avoiding popular Anglicisms, both in syntax and lexicon, a delicate affair, for it is not so easy to keep clear of these perils for someone such as myself who has spent decades living in an English-speaking nation.

As such, then, I hope that whoever reads these pages whilst accosted by the demons of depression, finds the means to frighten them away as if by a simple swat of the hand; that whoever happens to be content gives free rein to peals of laughter; that the fool turn not to anger; that even the pru-

dent might be amazed by the strangeness of this case; that neither the pompous look down upon these pages, nor the humble hold back from praising them.



Of how a certain Ergardo or Heraldo Torres lived obsessed with Cervantes's Don Quixote, and of how this obsession compelled him to leave his home, in search of adventures in Manhattan, so as to emulate the Knight of the Sad Countenance

Somewhere in the suburbs of New York, in a place whose name is unworthy of mention (since one suburb is as unremarkable as the next), lived a Spanish gentleman who went by the name of Ergardo Torres, though rumor had it his real name was Heraldo Porras, an identity he concealed from others so as to keep clear of the Internal Revenue Service.

I should tell you, interested readers, that as far as I'm concerned, I couldn't care less if his name were this or that, since as you will soon see, our hero was to adopt the illustrious and high-sounding name of Don Quixote, and as such we shall follow him in his adventures.

Ergardo or Heraldo Torres, of Spanish descent, Andalusian, to be more precise, must have been, in the days of his adventures and misadventures which will be hereby related, around the age of sixty, more or less (rather "more" than "less," to be sure). He was tall, gaunt and bony—a typical ectomorph, to give you a better picture—, ungainly, and slightly hunchbacked, with a pointy white beard and small-rimmed, owl eyeglasses. He had

arrived in New York in the late 1950s, and though strictly speaking he was not an exile, the fact is that he had come to the Americas disgusted –we suppose– with the vulgar and garish spectacle of Francoist Spain. It's quite possible that he had to emigrate furtively, because of some subversive act he had committed in that arch-inquisitorial and troglodyte country that Spain used to be in those days. The point is that somehow he ended up in New York, a city *of* all exiles and *for* all exiles. Without a penny to his name, nor a trade, but given his love of books, he decided after a few years of toiling away at a series of odd jobs, to open a bookstore in Union Square, in lower Manhattan. He soon established relations with other Spaniards, many of them expatriate Republicans who had come to New York after the Civil War. With them he would talk about Spain –at the top of his lungs, naturally– at social gatherings in La Nacional, on 14th Street, a sort of refuge or mooring dock, as it were, for these exiles of exodus and tears, with whom he collaborated –albeit, sporadically– on *España Libre*, a magazine that was published by this band of exiles bent on bringing down Franco's regime. Many of them had been his friends –and some continued to be so– like the politician Eloy Vaquero; the painter and writer, Eugenio Fernández Granell; the university professor Don Emilio González López; and the poet Odón Betanzos Palacios, among others.

Ergardo or Heraldo (it makes no difference for our purposes) married Dulcilauro in the 1960s, a talented pianist, as well as a loving, understanding woman who was ever patient with her husband's extravagant and erratic behavior. The fact is that they understood, respected, and loved each other deeply.

Ergardo or Heraldo (though I confess I am rather partial to the first one) had reached an age at which his friends were already thinking of retiring, of making a break for Florida in search of more pleasant weather, or of returning to their native country to die amidst whiffs of chrysanthemums and the dregs of moth-eaten patriotism. This was not the case with him. Although self-taught, Ergardo or Heraldo (for our purposes, the same) had been a voracious reader since early childhood, and even fancied himself a good poet. As to this, I will abstain from venturing an opinion, as I have not read a single one of his verses, though it would not surprise me if one of these days a conscientious doctoral student were to discover his poems in the attic of an old New York house or in some Village flea market and, for either the glory or shame of Hispanic letters, devote an entire brainy doctoral dissertation to them.

For many years now, a certain obsession had progressively consumed Ergardo's life: the reading and re-reading of the *Story of the Ingenious Knight*

Don Quixote de la Mancha by Miguel de Cervantes Saavedra. Ever since reading it for the first time many, many years ago, in a hyper-expunged school edition illustrated with Gustave Doré's unforgettable drawings, the book had become a true bible for him. He had read it dozens of times. He knew entire chapters by heart, which, for no particular reason, even when in the shower, he would reel off in their entirety. When assailed by doubt, he would turn to *Don Quixote*; when in the midst of making a decision, without hesitation, he would recur to the book. Upon getting up in the morning, he would read a few pages from the novel at random, as if in prayer; before going to sleep at night he did likewise. And since he suffered from insomnia, he would often continue reading until daybreak.

In "El Quijote," his bookstore, on Union Square—on whose entranceway he had hung a small sign that read *Post tenebras, spero lucem*—, after getting rid of all literary works he considered second rate—either by giving them away outright or by selling them at ridiculously cut-rate prices—he ended up offering only volumes of *Don Quixote* for sale, in various editions, though he also kept specialized works of criticism on the immortal novel as well. There were books everywhere: a heteroclitite mass overflowing the bookshelves. There were books on top of desks, atop chairs, behind doors, in closets, in boxes, in file cabinets. Our hero would boast of

having among his bibliographic Quixotean treasures the first edition—a facsimile, to be sure—of the 1605 *The Ingenious Knight Don Quixote de la Mancha*. Lining the shelves were translations of *Don Quixote* in every conceivable language. Some were very rare editions, gems, indeed, like the English translation by Thomas Shetton; the one by Louis Viardot translated into French; the one by a young Hoffman into German, and Jukovsky's Russian translation. He had translations of *Don Quixote* into Macaronic Latin, into Argentinean Lunfardo, into Hekaitía (the language of the Spanish Jews of Morocco), and even into Spanglish. He didn't lack for imitations of *Don Quixote* either, such as, for example, Samuel Butler's, Alexander Pope's, Jonathan Swift's, Richard Graves's, Henry Fielding's, and many more. And, of course, the Spanish ones as well, like Salas de Barbadillo's and Father Islas's, and the Latin American ones of Luis Otero y Pimentel's, and Francisco Navarro Ledesma's. He also had theatrical versions of *Don Quixote*, poetic and burlesque comedies, and films based on the novel, and multiple recordings of *Don Quixote*-inspired music as well, of which he favored Manuel de Falla's *El retablo de maese Pedro* and Oscar Esplá's *Don Quijote velando las armas*, which he never tired of listening to with great delight and which he considered superior to Richard Strauss's and Telemann's similar compositions. In strange cohabitation with these items, and scat-

tered throughout his personal library, were heaps of paintings, drawings, and photographs with quixotic motifs; and all manner of curiosities like a version of *Don Quixote* written on rolling paper and even one written on human skin.

“Why, O why” –our hero would say to himself while zigzagging, book in hand, through the hills, bluffs and promontories of scattered volumes– “should I spend the remaining years of my life vegetating in the comfort of my home, when out there, in that city of demons, in that infernal city that is New York, the most atrocious injustices are being committed with absolute impunity, without anyone ever protesting, without anyone raising a voice in defense of the defenseless, of the needy, of those who are poorer than even the lowliest city rat in the most powerful and wealthy city on Earth, a city where freedom seems to be only a statue? Oh, enough I say, someone has to do something! If Don Quixote had the mettle to do it in his time, why should not I? A new Quixote, that I shall be!”

No sooner had he arrived at this resolution than he set out to carry it through. He sold the bookstore at a loss –in the face of his wife’s protestations–, and, bold as brass, decided to abandon his home, not in search of fame or glory, but rather driven by an incorruptible preoccupation with social justice, seeing in Don Quixote an example, compass and guide.



Of how our hero adopted the name of Don Quixote; of how he came to rename his beloved; and of other events hereby related

And so one night, having decided to leave on the morrow on his laudable enterprise, he promised himself that from that day onward he would not respond to any name other than that of Don Quix-

ote, for he felt this to be his true identity and that he was shedding his old self as a snake sheds its old skin. Lastly, taking a long, deep breath, he told himself that if Don Quixote had once laid his eyes on Aldonza Lorenzo, he, for many years now, had only had eyes for Dulcilaura, his wife, to whom he owed everything.

Even though he was a stalwart pacifist, he decided to take with him –just in case– an old Colt 45, rusty, with a worn-out grip, which he had bought for four dollars and fifty cents in a discount shop in SoHo. “I hope,” he said, addressing his unusable Colt, “that I never have to use you, you cruel and deadly weapon, but unfortunately sometimes cowards and scoundrels only understand the language of guns.”

He descended immediately to his garage, and solemnly, before his prehistoric Volkswagen, declared: “And you, my faithful vehicle, shall be called Bolidante, because even though you are now but a crawler, I have not forgotten that in days past you were once a true race car, powerful and swift. With your new name you shall regain your old potency.” Wishful thinking, no doubt as the old, dented jalopy, as slow as a turtle, had never been nor could ever be anything other than what it was: an old, asthmatic, and smoke-sputtering clunker.

Of Don Quixote's encounter with Sancho, and of the botched robbery in a Washington Heights bodega

At dawn, on the warm spring day Don Quixote left his house, he had his revolver under his shirt and a backpack hanging from his shoulder, in which he kept a few dollar bills and an annotated edition of *Don Quixote*. Bolidante left the garage, coughing and bumbling, but little by little, as it warmed up, the decrepit motor seemed to pick up new strength, and set out on the road, if not fast like the wind, at least at a decent pace.

Not far from the Washington Bridge, near Fort Tryon, where the Harlem River flows (furrowed by garbage barges and the floating bodies of suicide victims), Don Quixote thought that before going forward, it was wise to stop for supplies. He parked Bolidante on Dyckman Avenue and walked into a bodega by the name of 'La Isla Encantada' ('The Enchanted Island') to get some provisions—dry fruits above all—since for a number of years now he had professed the vegetarian faith with sedulousness and punctilious devotion. A man in his forties, stubby and stocky, mustachioed, smiled at him from behind the counter. And just as Don Quixote was about to ask for a bag of peanuts, suddenly a sour-faced individual burst in the bodega, and brandishing a gun, demanded: "OK, fatso, give me the money," shoving Don Quixote

aside and pointing the gun at the frightened store owner. Don Quixote, then, without getting in the least upset, using very gentle words, began to entreat the man to calm down, but the gun-wielding thief, with his back to Don Quixote snapped back, "Shut up, old man, or I'll scrape the floor with your sorry ass!" Then Don Quixote took the old Colt 45 out of his waist pouch, placed the rusty barrel on the back of the thief's neck, and remonstrated: "Come now, let go of that toy, lest you shoot yourself!" The discomfited thief flung the pistol at Don Quixote's feet, and took to his heels.

"Poor man," declared Don Quixote, "you can tell he was poor, for otherwise how could it have occurred to him to do such an absurd thing." "Poor man?" responded the bodega owner. "You call that criminal a 'poor man'? You should know that it's not the first time he robs me. And you let him get away! I can't believe this!" "It's not worth it, my friend; he is just a poor, desperate man, who is more frightened than you," said Don Quixote. "If you hadn't gotten in the way, I, sure as my name is Edwin Rivera, would have given that asshole a good ole smack in the face. Anyways, I gotta say though, you got guts," praised the store owner. "Of course, my friend, I am Don Quixote, and that is what I do: defend those who are in need of defense. My heart knows no fear. I am on my way to Manhattan to help those who have been

humiliated and affronted, and, in passing, to leave my name emblazoned forever in the annals of this here city, which they call the capital of the world.”

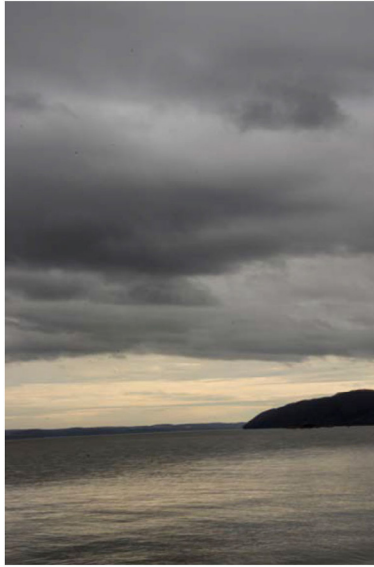
“Well, let me tell you, Mr. Quixote, I would gladly go along with you. I’m tired of being in a bidness that don’t bring me no profits, you know, cuz I’m robbed all the time, and also cuz I have to sell everythin’ on credit, and one just can’t go on like that. I was born in Puerto Rico and raised in the Bronx. My *pai* was Puerto Rican, right from San Juan, and that’s all I know because when I was a baby the *muy* sonofabitch abandoned us, me and my *mai*, so I had to work my ass off to survive in this city. The bad thing is that I’m beginning to feel like I gotta get outta here, but only to see if I finally get my lucky chance of hitting it big and making me some real dough, so I can put my three kids through college. I don’t have any bad habits, I mean, I only have few glugs of rum with my buddies when I play dominoes with them on Sundays.” Don Quixote, then suddenly seeing in the smart-aleck *bodeguero* his future confidant and companion of adventures, said smilingly: “Come along with me, Sancho, and you will have no regrets. I have no money to offer you, but you will not lack in opportunities to become wealthy. And if in Cervantes’s story, Sancho manages to become governor of an island, perhaps you can at least become mayor of Manhattan. I cannot prom-

ise you anything, but who is to know..." "My name is Edwin, not Sancho, but if I have to change my name so I can make me some long greens, then I'll be Sancho, Pancho, Cagancho, or whatever you want. That thing you say about Cervantes, though, I gotta say, I got no idea, cuz I haven't read it – even though I do know how to read, so don't you go thinkin' I'm some kinda moron–, but I do remember watching something on TV about this Quixote and his friend Sancho. If you wait for me, sir, this afternoon when I'm done taking care of bidness, I'll go with you." The two, then, agreed to meet at four in the afternoon, with the idea of departing forthwith in search of adventures in Manhattan.

So as to kill some time while he waited for Sancho –and since he was in the vicinity– Don Quixote decided to visit *Los Claustros*, The Cloisters, in Inwood Hill Park. It took some effort for Bolidante to crawl its way up the hill where The Cloisters sit, but spurred on by his rider's exhortations– "Come on, Bolidante, onward, always onward!"–, Bolidante finally worked its way to the top of the hill. Unfortunately by then the museum had already closed, so Don Quixote had to be satisfied with just wandering through Fort Tryon Park and around the Romanesque walls of the monastery-museum. "How I would have liked to have trodden through those naves again," he said to himself, as

he walked among the tall maple trees and majestic fir trees, “but I shall return some day. I will not stop until these Gringos give back to Spain what rightfully belongs to her, for to think that these Romanic and Gothic statues of the Berenguers, these Catalonian panels and Asturian Christs are here and not in their proper place of origin is a true infamy; for one thing is the legitimate exchange of works of art, and quite another is the plundering of a nation’s patrimony.”

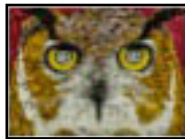
It was late in the afternoon when Sancho finally turned up. “Everything’s ready, Mr. Don Quixote. Let’s go, before I change my mind.” And in a jiffy they got on Bolidante, and riding on Riverside Drive, to connect later with the Hudson Parkway until reaching Morningside Heights, up by 109th Street. “You know, Sancho, that river should in truth be called San Antonio and not Hudson,” explained Don Quixote to Sancho in a tone laden with contempt. “And how is that? I didn’t know they had changed its name. All my life I have known it as the Hudson, where, by the way, you can haul out pretty good bass,” responded Sancho. “Well, you should learn Sancho, my friend,” continued Don Quixote, “that long before Hudson, a Spanish-Portuguese sailor by the name of Gómez, navigating under the Spanish flag, had already gone up that very same river, to which he gave the name of San Antonio. The truth is that the Anglos have made it



their goal to erase all traces of the Hispanic footprint in this country. Do not ever forget that before the Dutch and the English, these lands were explored by Spanish-speaking peoples.”

It doesn't surprise me,” answered Sancho, “because one only has to see what a mess they've made of Puerto Rico. The last few times I've visited *La Isla del Encanto*, each time I've seen fewer and fewer names in Spanish; everythin' now is McDonalds, Friendly's and Citibank, and where you once had fields and meadows, now all you see are shanty- towns made of the same kinda buildings we call projects here, and misery and more misery everywhere you go. The day will come

when all the Boricuas will hafta get outta the island and come to New York, though I don't know what for –to go hungry and to be called spics, on top of it all?" "That is what we call imperialism, dear Sancho. All men are equal, Sancho, yet racism is one of this country's greatest scourges. We should always fight against it, and especially in our case, because as I have already said to you, we Hispanics are no strangers in the lands of Uncle Sam, because by the time the Anglos arrived we had already founded and built towns and cities all across these lands." "But before the Hispanics, the Indians were here, right?," asked Sancho with irony. "Of course," agreed Don Quixote. "They, before anybody else: the Native Americans. And there you have them now, in reservations, like lepers, outcasts, drowning in the alcohol the white man brought them, and so debased that they are willing to allow him, for the sake of the almighty dollar, to dump his nuclear waste in their prairies and in their deserts."





They were in the midst of this delightful, honeyed conversation when they came upon the unfinished belfries of the St. John the Divine Cathedral. It was already nighttime when they parked Bolidante near the cathedral. “Mr. Quixote,” Sancho uttered, “I don’t know about you, but my guts sound like there’s cats inside.” “In other words, Sancho,

you are hungry. Let us thus repair to the cathedral, for there we are sure to be provided with the physical nourishment we need, aside from the spiritual one, which is even more important.” “I’d be happy with just a burger and a brewski. It’ll be my treat: even though I’m poor, I can still allow myself the luxury of treating my friends.” “You speak well, Sancho, because indeed I am your friend, and not your master. In fact, I would very much like it if you spoke to me more informally and not refer to me as sir or mister.” “It’s out of respect, sir, out of respect for your grey hair; if I didn’t do it, I wouldn’t be who’s I am but somethin’ else.” “Very well, Sancho, as you like, but never forget that I consider you my equal, never beneath me, and that if I possess a certain degree of knowledge that you do not, you, in turn, do not lack ingenuity and street wisdom, which are just as important as book knowledge.”

Sancho got himself a burger, a pretzel, and even some French fries from a street vendor, but Don Quixote declined the invitation, claiming that he preferred to fast, as that very night he was sure to be knighted, and, that in his opinion, it was advisable to be sworn in with his senses and spirit fully awake, and that food could cloud and weaken these.

At St. John the Divine

They passed through the oval-shaped arches of St. John the Divine. Sancho, who had never visited the cathedral, paced around the naves, wondering what the hell he was doing there. Don Quixote – even while claiming to be agnostic– held churches and cathedrals in great esteem, not because he considered them temples of God, but rather because in that turbulent and tempestuous world of the great city, they were like havens of peace, oases inviting one to rest and meditate. Suddenly a tall man, neither fat nor thin, wearing a cassock, approached Don Quixote and said to him: “I’m sorry, my brother, but it’s closing time.” Don Quixote, staring at him, responded with all the sarcasm of which he was capable: “Close, how can you close the house of God, especially when there are faithful inside?” Father O’Connor –as the priest was called– thundered back: “Get the hell out of here if you don’t want me to call the police!” “Indeed, beautiful and edifying words these are for a prelate,” responded Don Quixote. “Although we no longer live in the Iron Age, we must be living in something far worse than that, in the Tinplate Age perhaps, for even the representatives of God on Earth have forgotten all about compassion and loving thy neighbor.” And turning his back on the foul-mouthed little priest, he stirred up Sancho, who had stretched out on a

bench for a quick snooze, and together they took leave of the cathedral.

They slept that night on a couple of threadbare blankets in the rear part of Bolidante. The great open night sky was teeming with stars. Through the van's windows they could see the moonlight illuminating the cathedral's gargoyles, transforming them into ferocious, gesticulating monsters. Looking at the gargoyles, Don Quixote thought that more than a church or cathedral, that cavern was perhaps hell itself, and that those horned figures must be fabulous monsters and demons, at the service of Satan, sent there by the Evil One to punish the wickedness of those friars, or whatever they were. An unfortunate consequence of this incident was that Don Quixote forgot all about being knighted, and, as far as we know, never did mention it again during this entire story.



Don Quixote's address concerning the Island of Manhattan

The sun was beginning to rise when Don Quixote and Sancho awoke. Bolidante refused to start, and as much as Sancho tried –without really knowing what he was doing–, there was just no way it was going to happen. Hence they had to abandon it. Don Quixote bemoaned this, but Sancho tried to convince him that no one in his right mind would think of stealing such a piece of junk. Thus they proceeded towards Central Park on foot.

Don Quixote was silent, as if immersed in thought, while Sancho could only think that they had yet to eat breakfast, and that his gut no longer meowed like a kitty cat's but growled like a wild tiger's or lion's. When they arrived at Central Park, the sun was shining gloriously. The park overflowed with runners with tortured faces, with passersby of blissful visages, with cyclists furiously pedaling away, with dolled-up nannies, and with rosy-cheeked children playing with toy machine-guns and hand-grenades.

Exhausted by the jaunt, Don Quixote and Sancho sat to rest on the lawn, near the Reservoir. Next to them was a group of youths enjoying themselves, eating *empanadas*, and taking long swigs from several bottles of wine. By their accent, Don Quixote came to recognize them as Argentineans, and as he

would never pass up the opportunity to speak the language of Cervantes, and in order to strike up a conversation, he asked them outright whether they lived in New York. “No, no sir,” responded one of them, a red-haired, freckled young man. “We are from Mendoza, Argentina, and we’re here only visiting, on a study abroad trip, in order to see and learn about the capital of the world. But please, do come closer and eat, I mean, the eyes of your chubby friend over there are already feasting on the *empanadas* as it is.” Sancho, who did not like to be reminded of the rotundity of his figure, retorted: “Hungry I am, I won’t deny it, but I wouldn’t want anything from a gingered-haired *pendejo* like you, not even the time of the day, so stuff your empanadas up where the sun don’t shine.” At this point, Don Quixote interceded, “Come now, Sancho, the young lad was but jesting. Come, come now and eat, for I delight in watching you take nourishment.” Sancho was not satisfied with Don Quixote’s explanations, but since the youngsters had already placed a succulent empanada in one of his hands and a bottle of wine in the other, Sancho, grumbling, sat down and forgot all about the world.

“Beautiful vista, right, old man?” said one of the kids to Don Quixote. “We’ve never seen anything as impressive as Manhattan.” Then Don Quixote started taking long strides back and forth, and pointing to the skyscrapers, he let loose the follow-

ing tirade: “Indeed. It is an impressive city. But it was not built in a day. It is important to know – whether to appreciate it or to despise it– a little of the history of New Amsterdam. The Dutch and later the English thought that they had to continue expanding, disregarding the topography of the island: Manhattan was to be a mental construction beyond the limits and configurations of its own geography. Nature was thus domesticated by man in his thirst for expansion. Even Central Park, where we are sitting right now, the city’s sustenance, is, deep down, but a mirage: the lakes are artificial and the trees were transplanted a mere century ago. And there, surrounding us, as in some orgiastic great sea of rectangular parallelograms, are the high-rises: glass minarets, pyramids on top of pyramids, godless temples, cathedrals of the almighty dollar. These Gringos think that the farther they are away from the earth, the closer they will be to the air, to the heavens and the stars, but they are misguided. New York is a spurious, accursed city, a Hieronymus Bosch abortion, a mythical laboratory where the delirium of our everyday lives is forever fermenting. New York is Manhattan, and Manhattan is the Rosetta stone, the utopia of the twentieth century, a city of mutations, of symbioses, of transferals, of incessant metamorphoses in an endless cycle of creation, destruction, and recreation. Manhattan is the capital of hysteria.” Bloated from the feast, the wine, and Don Quixote’s extravagant address, the Argentin-



ean kids, and even Sancho, had drifted into a doze. But Don Quixote continued, undaunted: “Like it or not, my friends, this is our city, Sancho’s and mine, where we live, where we slave away and die (or are murdered): New York, a stop-over, an inn: the water towers on top of buildings, like wind mills without their fan blades, dream on, oblivious to the vertigo and the roar of the streets and the avenues, where the stupefied masses, slaves of consumerist appetites, disappear, dragged along by the centrifugal forces of the city –amorphous masses, chained to an inexorable cycle of stupefying work in order to pay rent on a shack alive with cockroaches and rats as big as cats– as the constant wailing of police cars, ambulances, and fire engines, remind us that we live in a constant state of siege, always at the

edge of disaster, a mere step away from the apocalypse. And the monster goes on devouring its victims.” A chorus of curious passersby had begun to move in closer and were taking in our hero’s words with their mouths wide open, but by then, Don Quixote had started to take steps in the direction of the zoo, and Sancho, upon seeing that Don Quixote was leaving without him, stumbled up with some difficulty, and followed him.

Wherein it is told of the adventures in the zoo and of other mishaps of the same ilk

As it was a splendid day, the zoo was packed with people. Don Quixote went to the monkey cage, crossed his arms, and observed the monkeys for some time, with a certain air of sadness that sent shivers down one’s spine. Then he went over to Sancho and said: “I think it a disgrace, Sancho, that these poor creatures that are so much like us, our first cousins one might even say, must spend their lives behind bars, accosted by the humanoid gawks, having to bear the screeching of hordes of defecating runts, without a ray of sunlight, and without their jungle, which is their natural habitat.” “But, sir,” interrupted Sancho, “they’re fine. Besides, for them, we must be the true show. I once had a monkey, a gift from my friend Rendón, the guy from the

botánica on 116th Street. It was a tiny monkey, what they call a “macaco.” I think they had brought him from Brazil because when we tried speaking to him in English and Spanish, he would just downright ignore us. At first I didn’t want him. What the hell was I gonna do with a monkey! But I took him home with me anyways, to give it a try, thinking that maybe my kids would get a kick out of it, but man, was that a disaster, let me tell you. When Balbina, my ol’ lady, got a load of the monkey, you should’ve seen the fucking scene she made! And then the kids started to bawl: I mean, that monkey scared the shit out of them!” “The animal was probably more fearful of you people than you of him,” Don Quixote assured him. “Maybe,” continued Sancho, “but he was one lousy monkey, let me tell you. He escaped and ran all over the house, and then, when I was about to catch him, he jumped, and climbed up a lamp. And you know what he did next, sir? He took a leak on of all us! And the bastard kept laughing and laughing like he was possessed or somethin.”



At that moment the person in charge of feeding the monkeys showed up with a basketful of bananas, hazelnuts, and other natural dry fruits. “You see, you see, sir, look how good they got it here. I mean, that lunch is way better than that of many people in New York, who have to go around diggin’ in supermarket garbage cans to find somethin’ to put in their mouths,” said Sancho triumphantly.

The gaiety of the masses grew. Children crowded around the cage to watch the monkeys feed. The monkeys, excited by the prospect of lunch, screeched loudly, jumped around, clasped the bars of the cage and stuck out their hairy arms, extending their human-like hands. No sooner had the zoo-keeper opened the small cage door to feed the monkeys than Don Quixote treated him to good shove, sending the fruit rolling all over the place. The guard, caught by surprise, slipped and ended up on the floor as well. At this point Don Quixote opened wide the door of the cage. The children laughed and clapped with delight, convinced that this was all part of the show. The monkeys, confused, stared at Don Quixote. “Who could possibly be this person with the owl-looking face who dared to liberate us,” they seemed to be asking themselves. But these philosophical musings didn’t last long: by fits and starts, emitting horrifying shrieks (we don’t know whether from delight or fear), they bolted out of the cage. The

zoo-keeper sounded off a whistle, calling for help. Soon a police officer made an appearance. "It's not my fault, it's not my fault; it was this nutcase who's done this," said the zoo-keeper, stuttering, and pointing at Don Quixote. "Arrest him, arrest him before he gets it into his head to open the tigers' cage." The peace officer seized Don Quixote by the arm, whose only response was to smile while he peeled a banana he had picked up from the floor. Sancho was nowhere to be seen. "You're arrested," declared the police officer. But Don Quixote yanked himself free. "You, Mr. Policeman," said Don Quixote with measured but firm words, "have no right to detain me. I have only followed the dictate of my conscience. And, at any rate, since when are citizens arrested for following the dictates of their conscience?" "You'll have a chance to make a statement at the precinct. Now, let's get going," ordered the officer. And just then, one of monkeys pounced on the law enforcement agent and sunk its teeth into his hand. The officer released an agonizing scream, at which point Don Quixote, cool as a cucumber and without batting an eye, dashed out of there as fast as his spindly legs could take him, making himself scarce from that preposterous scene.

Outside, crouching in the bushes, Sancho waited for him. "You are, man, a complete basket case!

What did you do that for?” said Sancho,¹ casting glances in every direction to make sure the police officers weren’t coming. “Speak to me in Christian, Sancho, speak in the Christian language of Castile,” replied Don Quixote, “which is my mother tongue as well as yours.” “But, you’ve gone nuts, sir! Who’d think of doin’ somethin’ like dat?” said Sancho. “Let us not forget, Sancho that it is our mission to help those in need, and those animals, deprived of their liberty, needed our help. From this day forward they shall be eternally grateful to us. We should congratulate ourselves for having done our duty. Let us never fear when we know we are doing what is right.”

In front of the Plaza Hotel. The Jamaican, a cynical philosopher

They headed towards Central Park South and sat down to rest in a little square in front of the Plaza Hotel. The hotel’s flags fluttered triumphantly in the wind. The limousines arrived, one after

¹ In the original Spanish text edited and compiled by Professor Beatrice Norwich, and given to me to translate into English by Professor Piña-Rosales, the character of “Sancho” says this in English, which is why “Don Quixote” responds the way he does to “Sancho’s” use of English at this moment in the text.

the other, with their precious cargo. The uniformed doormen with their epaulettes opened the car doors and bowed before the guests, affecting an air of servitude and abjectness. The guests, high society men and women, dressed in the latest fashions from Paris or London, emerged from their limousines, and without deigning to cast a quick glance at the doormen, strode directly to the reception desk, mumbling in advance, as if in anticipation, some imaginary complaint about who knows what. Nearby, one could observe the horses jabbing the ground with their hooves. “Those horse carriages bring back memories of my homeland,” declared Don Quixote. “Those poor animals...” “Don’t you dare, don’t you even think about it!”, said Sancho cutting him off. “If it wasn’t for those horses, the carriage drivers wouldn’t be able to make a living, and you’re not gonna to tell me now that a horse is more important than a man.” “That, Sancho, does not give anyone the right to abuse an animal, who is not able to protest or even utter a complaint. It would not surprise me if someday a true rebellion amongst the species were to take place. Compassion, Sancho, compassion.” “But, sir, a horse is a horse, and a man’s a man. Us human beings are superior, right?” “It is precisely for that very same reason, Sancho, that we have the obligation to look after them, and to live alongside them without exploiting or torturing them.”



The two friends were in the middle of this back-and-forth, when they saw an elderly man approach, unkempt, unshaven, and pushing a baby carriage stuffed with empty cans and bottles.

The man, who had heard them speak Spanish, saluted them with a courteous “Buenos días” and began rummaging through a garbage can. “My good man, have you perhaps lost something?” asked Don Quixote. The homeless man—for that is what he was—looked at him a bit bewildered and

responded: "No, I haven't lost anything because I don't own anything, so you see, I have nothing to lose, although with a little luck, I do have lots to find in here." "You speak Spanish very well; where are you from?" inquired Don Quixote. "I'm Jamaican, but I spent a few years in Cuba, and besides that, I have a lot of Hispanic friends." "And what were you searching for in those garbage cans?" Don Quixote pressed on. "Don't you see? Cans, bottles, newspapers. Everything is worth money in this city. By the end of the day, with a little luck, I might manage to hustle up enough to scrape along." "That is your profession?" asked Don Quixote. "I don't know if what I do can be called a profession, really. It provides me with enough to eat, and since I don't have to pay any rent, sometimes I even have a little extra left over." "And where do you lodge?" inquired Don Quixote with all the innocence in the world. "In that hotel in front of us?" The man regarded him incredulously, as if looking at an extra-terrestrial. And Sancho, who had been following the conversation, suppressing his urge to laugh, made a gesture to the homeless man to make him understand that all was not well with Don Quixote's noggin. "No, not there," the homeless man replied. "I don't exactly stay at the Plaza Hotel, but very nearby, right over there actually," he said, pointing to some scraps of cardboard half-hidden in the hedges. "That's my residence,

and I welcome you to it with all the hospitality in the world. I've been living there for ten years. Before that I lived in the subway tunnels. Sometimes the police come around and I have to relocate elsewhere, but only for a few days, because I always come back. It's just that I've grown attached to this little square." "So you sleep there among these pieces of cardboard?" responded Don Quixote, amazed. "Then, good man, you do not have a proper house?" "Like I told you already," retorted the vagrant somewhat annoyed, "that is my domicile. I'm not complaining; others have it worse, much worse than me." "And why don't you go to a shelter, an asylum, a refuge, or whatchamacallit? I have a buddie who..." said Sancho, trying to join the conversation. "Hush, Sancho, be not a blabbermouth," reprimanded Don Quixote. "No way, never, never would I go back to a shelter, not even if they paid me," continued the old man. "The last time I went to one of them, was during a very hard winter, when it snowed so much that my feet almost froze from sleeping out in the open. I went to one on Kingsbridge, in the Bronx, but to my own regret because, while there, someone swiped my shoes, and then I couldn't sleep a wink, what with all the brawling and the rumpus. Even the director at the shelter was a thief. Her name was—I'll never forget it—Leona Helms, and, let me tell you, she was a real witch. They used to say that she was

a millionaire and that she had made her fortune stealing from the city's defenseless and vulnerable. Before granting me entrance to the shelter, she strip-searched me, searched even my ass; she took the only four bucks I had on me, and she even confiscated my coat, my only coat. What a sleazebag! Mean fucking bitch!"

They said goodbye to the old man, having good reasons for leaving, and Sancho, feeling moved to pity, gave him some change, to which the other man responded with a simple and dignified "thank you."

Of how Don Quixote and Sancho were assailed by a depraved motorcyclist, and of their excursion through Times Square and the surrounding areas

From there Don Quixote and Sancho marched towards Columbus Circle, and just as they were about to cross the street, a Hells Angel on a Harley Davidson, without waiting for the red light to change, rode roughshod over them. The motorcyclist lost his balance and ended up on the ground. On the floor, the motorcycle continued to roar uninterrupted. Don Quixote, also on the ground, taking his hands to his head, wailed:

*Where art thou, my Dulciamor,
that thou dost not come to aid me?
Thou must be busy with another toreador
Or just care not a whit about me!*

A group of passersby, who had witnessed the accident, rushed in to offer assistance. The Angel of Hell, a longhaired, heavy-set man, in a leather jacket, with swastika tattoos gracing his arms and an earring on his left ear, began discharging the most horrific shrieks. "My leg, my leg is broken!" wailed the Fallen Angel. Don Quixote, who had suffered only a scratch, rose to his feet with Sancho's help, who had himself only suffered a good scare. At once Don Quixote leapt on the fallen man, tore off his helmet, and immediately placed it upon his own head. "At least this accident was good for procuring me the helmet of the Knight Mambrino," Don Quixote proudly declared. "I have always believed," argued Sancho, "that that there thing is simply called a safety helmet, but since sometimes my Spanglish gets in the way, I ain't really sure no more." "It is not a just a safety helmet, you fool," responded Don Quixote, offended. "It is the 'yelmo,' the knightly helmet of Mambrino!" "All right," said Sancho shrugging his shoulders, "then it's the nightly or the daily helmety- hellmo of Dan Marino or Don Gambino, or whatever you say; but anyways, let's get outta here cuz the ambu-

lance and cops are comin'." Don Quixote, exhibiting the kind of strength that one would never have suspected in such a dried-up old man, heaved the motorcycle, still roaring, from the ground, and got on it as though he were mounting a purebred stallion, and cried out to Sancho: "Up we go, Sancho, Times Square awaits us. Let us go, my child, as the same providence that deprived us of Bolidante has now placed this infernal machine in our path!" "No way, no, sir; we're talking about major theft here, sir. They'll put us both in the can, I mean, they must already be looking for us because of the monkey thing." "Nothing has ever come of cowards, Sancho," said Don Quixote. "Get on and let us sally forth contentedly, for Lady Luck is on our side. Besides, this is only a loan of sorts: we will eventually return this *bicho* (critter) to its rightful or, more precisely, wrongful owner." "Did you just say *bicho*?" exclaimed Sancho. "Oh, my God! You sayin' you actually cut off the Angel's pecker, cuz that's what *bicho* means in Puerto Rico." "No, Sancho, the bike, the motorcycle, is what I mean!" And with this out of the way, Sancho got on the motorcycle's rump, and together they rode off to Times Square.

The Harley Davidson sped down Broadway, avoiding cars, from which emerged threatening fists and angry middle fingers. Sancho held on tight to Don Quixote's waist while sending up prayers to

all the saints in heaven. It was getting dark. Neon advertisements and billboards like movie theater screens dominated the landscape. PUT THESE SNEAKERS ON AND YOU WILL PLAY BASKETBALL JUST LIKE MICHAEL JORDAN! SMOKE MARLBOROS AND YOU WILL FEEL AS MANLY AS THESE SQUARE-JAWED COWBOYS! WEAR THESE UNDERGARMENTS AND YOU WILL FEEL LIKE THESE TEENAGE BOYS WITH PERFECT PECTORAL MUSCLES OR LIKE THESE ADOLESCENT GIRLS WITH PERKY TEATIES! DRINK THIS WHISKEY AND YOU WILL KNOW WHAT POWER AND LUXURY TASTE LIKE. There were also ads for the latest movies: *Titanic*, *Exterminator X*, *Fallen Angels*, as well as some old classics like *Deep Throat*, *Gone with the Wind*, *The Devil in Miss Jones*, and new Broadway shows good for after-meal digestion, like *Ragtime*, *The Lion King*, and *Anastasia*. In the variety store windows one could see samurai swords, machetes, velvet hearts; and in the videogame arcades, youngsters with devious eyes waiting for their overweight, bald-headed, and foul-breathed clients.

Upon reaching 42nd Street, Don Quixote made an abrupt stop and discarded the motorcycle on a street corner, having decided to continue on foot. Even though there were still some porn shops left, the area was undergoing a relentless process of Waltdisneyfication. Where once Nude Girls advertised and flaunted their graces, now Mickey Mouse flashed a smug smile; where massage parlors had

once blossomed, Snow White now withered away; where underground sodomandgomarrahesque saunas had once seethed with activity, the seven dwarfs now lay aslumber. And all as such, Giuliani and minions were winning the game. The city had to be cleansed. Vice had to be banished at whatever cost. A return to good morals was in order!



In Bryant Park

It was already nighttime when Don Quixote and Sancho made a stop in Bryant Park. They had just sat down to rest on a bench when, all of a sudden, they found themselves surrounded by police officers and dogs with menacing jaws. People were running; screams and insults were heard. It was a raid. In a flash, the cops had apprehended five or six people, whom they had forced –by dint of their boots– to raise their arms and spread their legs for frisking. The police van waited on 41st Street, between Fifth and Sixth Avenues. “But Sancho, why all the ruckus, when those men and women were doing no harm to anyone? Why are they thus mistreated?” Don Quixote asked Sancho, as he neared the group of policemen and delinquents. “For God’s sake,” said Sancho, fearful, tugging at Don Quixote’s shirtsleeve, “let’s get outta of here before they connect us to that stuff with monkeys and the motorcycle, cuz if they do, we’ll end up sleeping at Rikers Island tonight.” “But do you not see, Sancho, that these creatures need our help? Do you not see how they strike and insult them? If you are afraid, then stay here; as for myself, I will not allow such abuses to take place.” Sancho, surprised by Don Quixote’s courage, and not wanting to be outdone, followed him, taking deep breaths though his mouth, so as not to lose his nerve.

“Why do you detain and mistreat these poor people like so?” Don Quixote asked a tall policeman, with green eyes and a hulking back. “None of your goddamn business, old man. Get out of here or you’ll go with them to the Tombs!” “I am a lawyer, an attorney, and I have the right to speak with my clients,” declared Don Quixote, pulling the trick out of his sleeve. This unexpected turn took the authorities by surprise. “Why are you being taken prisoner?” Don Quixote asked a scrawny man, with slanted eyes and a sparse beard. “For being a heroin addict, mister, for always being high,” responded the unfortunate man. “Well, no one should go to prison for being keen on heroism, let alone for wanting to reach new heights borne on the wings of heroism.” One of the police officers, who was no doubt Hispanic, explained: “He didn’t say he was addicted to heroism, but to heroin, the drug.” He then raised the detainee’s sleeve to reveal an arm riddled with more holes than a colander. “And why can he not do with his body as he pleases?” insisted Don Quixote. “It seems to me an aberration that the government should decide what its citizens can and cannot consume. And you, young man, why are they taking you?” Don Quixote asked a young man of some fifteen years of age. “For being a collector.” “And what do you collect, if one might ask?” “Purses and wallets,” answered the young man. “Well, I do not see why that is to be a crime, for not everyone is interested in collecting stamps and

coins, and such trifles. The world would be a very boring place indeed if we were all the same. Vive la difference!” And lastly, Don Quixote saw a good-looking, dark-complexioned woman among the detainees, who was crying a river, uncontrollably. “And you, poor woman, why have they detained you?” Don Quixote asked her. But she could not manage a response, so violent was her sobbing. “This one,” explained the cop, “is the queen of all whores. There is just no rehabilitating her. Besides, we’re sure she’s got AIDS.” “All the more reason, then, for her to be in a hospital and not on the streets,” shot back Don Quixote. And just as he said this, our hero took out his Colt 45, and brandishing it back and forth, he pointed it at the police officers while addressing the group of the detainees: “You are all free to go; run, make haste, before these merciless bloodhounds get ahold of you. Run, hurry away!” For a second the cops stood paralyzed before the brashness of the eccentric individual with the motorcycle helmet. The detainees meanwhile took to their feet. Finally reacting, the police started frantically in their pursuit. Taking advantage of the chaos, Don Quixote and Sancho disappeared through the subway entrance on 42nd Street. It was rush hour. One of the policemen had managed to follow them, but the subway platform was so crowded that he didn’t dare shoot. At that moment the D arrived on the platform, and neither Don Quixote nor Sancho thought about it twice.

Using the mass of humanity as a shield, they slipped inside the train. Though these had been moments of true anguish, it looked like they had managed to shake the police. They were safe.

*Of how Don Quixote came to be a popular hero
and Sancho mayor of New York*

They got off at the last subway station stop, at the World Trade Center, and there, in the shadows of the Twin Towers, they saw themselves amongst policemen, dogs on leashes, paramedics, FBI personnel, and agents of the Antiterrorism and Anti-explosives Department scampering about as if in a panic. At first the two friends thought the authorities were there because of them, but they soon realized that all the commotion of law enforcement was due to something else. "What is happening?" Don Quixote inquired of a police officer. "It's a bomb, get back, get back!" They then saw a man in his twenties, eyes bulging out, face awash in sweat, who was grasping a package wrapped up in newspaper. An FBI agent with a bullhorn was trying to convince him to release the package: "C'mon, buddy, relax, nothing is going to happen. No one is going to hurt you. Give us that package. Be a good boy." But the man, who seemed not to hear, cast glances in every direction, and redoubled his grip on the

mysterious package. “Don’t come any closer, don’t come any closer, or it will explode! I swear that it will explode!” yelled the young man. Don Quixote, at this point, removed his helmet, handed the Colt 45 over to Sancho, and by degrees approached the young man with the package, avoiding the cops and the agents. “One more step, old man, and you’ll be sorry,” threatened the man. But Don Quixote, undeterred by the threat, continued advancing, and when he was just a few paces away from the man, said: “I do not know what has brought you to this extreme, my son, but whatever it is, think before you perpetrate some kind of atrocity. I very much fear that a heartless sorcerer has cast a spell on you, so that you must not be aware of your doings.” “Shut up, shut up, or I’ll blow this fucking city away,” threatened the terrorist. But Don Quixote took one more step towards the man, who was at the edge of the platform. “I am Don Quixote, and I am here to help you, to help all those who need me,” remarked our hero looking directly into the man’s eyes. “I don’t need your help, old man. In one minute we’ll all be in another world. This is what this technological, dehumanized society deserves: to disappear, to be blown away!” “You are right, my friend,” replied Don Quixote: “that is what this technological, dehumanized, brutal society deserves, a world in which Power and Money reign supreme, and not Love. You are right; let your bomb go off,

and let us see the henchmen of Evil be punished.” And upon uttering this, he turned his back on the man and started to tread in the direction of the authorities. “Wait a minute, wait a minute,” reacted the man. Don Quixote stopped and turned around. “You mean you understand what is going on in this fucking city?” “Of course I understand what is going on in this infernal city, my friend,” answered Don Quixote, “and I agree with you: it is better to end it all now at once and for all so that a new man may be born, a man who will know how to share his wealth, a man who will hold Peace, Love, and Justice aloft and above all other values.” A hint of a smile budded on young man’s face. “Yet,” continued Don Quixote, “even though I pursue the same ends as you, my means differ from yours. Violence only engenders violence. But that is something you will have to decide on your own.” And having declared this, Don Quixote once again turned his back on the man and began to step away. At this point, the lad, still holding fast to the package, started to follow Don Quixote, like a little lamb following its shepherd. Don Quixote halted. Trembling, the young man handed over the package to Don Quixote, who in turn carefully laid it on the ground and then treated the young man to a vigorous embrace. Immediately various agents took control of the package—a powerful bomb about to explode—while the police handcuffed the terrorist.

At once the silence was smashed into pieces by the crowd acclaiming Don Quixote: “He is a hero! He has saved us all! Qui-xo-té! Qui-xo-té! Qui-xo-té!” And Sancho joined in hollering: “Yes, yes, yes, he is Don Quixote, and I am Sancho, his friend, his companion and Brother-in-arms.” Don Quixote would have liked to accompany the terrorist in his descent into hell, but he was not allowed to. He was obliged to shake hands, to return people’s embraces, and sign autographs.

Since in New York news travels faster than wild fire, in a mere half hour, the great deeds of our hero were being discussed on all the television channels. Mayor Giuliani himself sent a limousine to pick up Don Quixote and transport him to City Hall, for he wanted to congratulate him on behalf of the entire city. And thus, standing in front of the television cameras, there they were: Giuliani, congratulating Don Quixote, praising the valor of “this exemplary New Yorker,” and even making allusions to infinite rewards. “I am in need of but one reward, Mr. Mayor,” Don Quixote dared to utter. “Your wish will be granted, if it’s in our power to do so. What do you desire?” inquired Giuliani graciously. “That my friend Sancho, here, be given the opportunity to be the new mayor of New York.” Giuliani’s bunny-rabbit smile suddenly froze. “Well, well, but...” he started to say, but the crowd wouldn’t let him continue. “Sancho for Mayor, Sancho for Mayor,

Mayor Sancho, Mayor Sancho!” Don Quixote, feeling happier than he had felt in a very long time, descended the steps of City Hall.

And do you know who was waiting for him with arms wide open and a kiss at the ready? Well, none other than Dulcilaurea.

They embraced

But this story does not end here, dearest readers, for to be sure, that very night Don Quixote and Dulcilaurea boarded a plane bound for Mexico. What’s more, there are rumors afoot that they are presently in Guanajuato, enjoying the hospitality of its people, the beauty of their city, and a well-deserved respite.



SEMBLANZA



Gerardo Piña-Rosales

Se desempeña actualmente como Director de la Academia Norteamericana de la Lengua Española (ANLE) y miembro Correspondiente de la Real Academia Española (RAE) y de la Academia Panameña de la Lengua. Oriundo de La Línea de la Concepción (Cádiz), vivió, desde 1956 hasta 1973, en Tánger (Marruecos). Desde 1973 reside en Nueva York. Estudió en las Universidades de Granada y Salamanca. Se doctoró en Lengua y Literatura españolas por el *Graduate Center de la City University of New York*. Es profesor en la *City University of New York*. Ha enseñado también en *St. John's University* y *Teachers College, Columbia University*. Entre sus libros destacan: *El secreto de Artemisia y otras historias* (2016); *Los amores y desamores de Camila Candelaria* (2013, novela); *Desde esta cámara oscura* (2006, novela); *Odón Betanzos Palacios o la integridad del árbol herido* (2004); *La obra narrativa de S. Serrano Poncela. Crónica del desarraigo* (1999); y *Narrativa breve de Manuel Andújar* (1988). En colaboración, *España en las Américas* (2004);

1898: Entre el desencanto y la esperanza (1999); *Gabriela Mistral y los Estados Unidos y Hablando bien se entiende la gente* (2010). En calidad de editor, *Escritores españoles en los Estados Unidos* (2007). Asimismo, ha sido coeditor de *Hispanos en los Estados Unidos: Tercer pilar de la hispanidad* (2004); *Confabulaciones. Estudios sobre artes y letras hispánicas* (2001); *Acentos femeninos y marco estético del nuevo milenio* (2000) y *De la catedral al rascacielos. Actas de la XVII Asamblea General de ALDEEU en Nueva York* (1998).

Este noveno número de la *Colección Pulso Herido* de la
Academia Norteamericana de la Lengua Española
acabose de imprimir el 15 de octubre de 2017,
festividad de Santa Teresa de Jesús,
en los talleres *The Country Press*, Massachusetts,
Estados Unidos de América